

Publ. No. MC.52.1. 60. 5

El Correo

PUBLICACION DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS

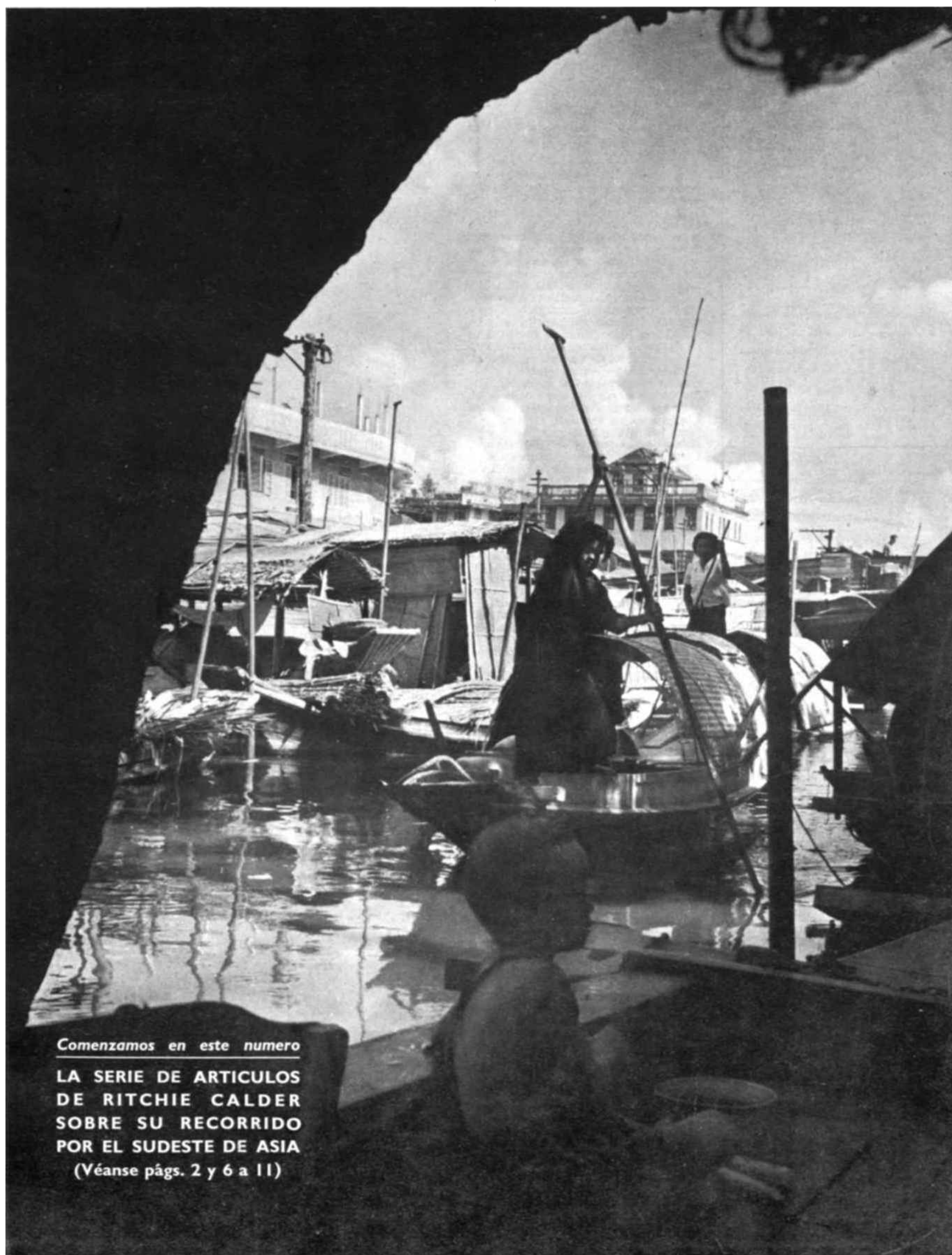


PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

VOLUMEN V — No. 5

MAYO DE 1952

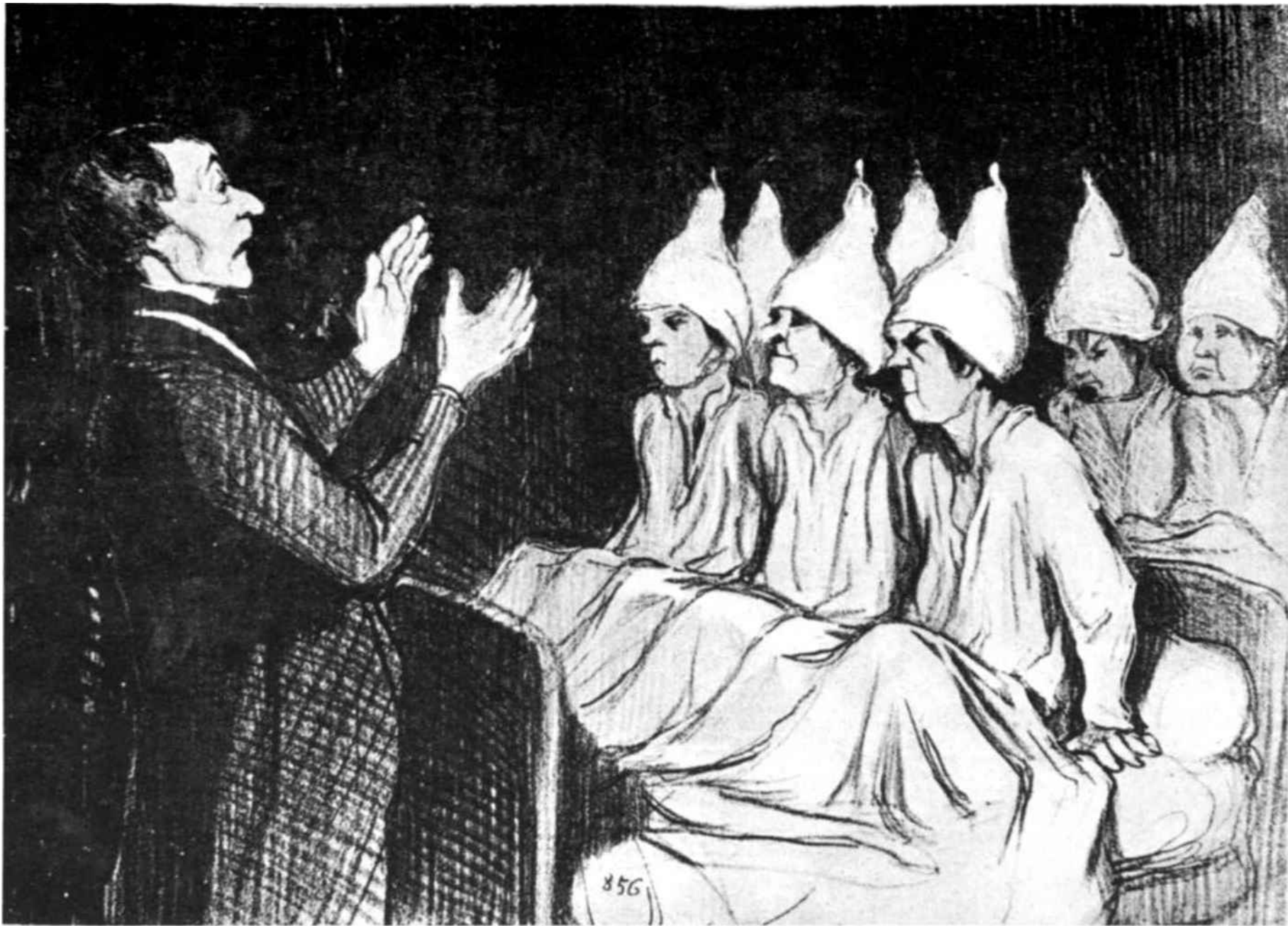
INDEXET



Comenzamos en este numero

LA SERIE DE ARTICULOS
DE RITCHIE CALDER
SOBRE SU RECORRIDO
POR EL SUDESTE DE ASIA

(Véanse págs. 2 y 6 a 11)



El dormitorio de un internado bien dirigido. Atención : a la primera palmada que dé, todo el mundo debe apoyar la cabeza en la almohada, a la segunda cerrar

los ojos, y a la tercera, dormirse profundamente. (Litografía de Daumier aparecida en el « Charivari » del 3 de Febrero de 1946).

UN SIGLO DE SATIRA SOBRE VIEJOS METODOS — DEL “DOMINE” AL EDUCADOR —

por Georges Fradier



PARA evocar un siglo de enseñanza (1805-1905) el Museo Pedagógico de París ha presentado una colección de imágenes; estampas, caricaturas y fotografías. Todas ellas han resultado imágenes conmovedoras; imágenes parecidas a recuerdos de familia, reliquias de una época a la vez lejana y cercanísima de la nuestra. En el curso de ese siglo la educación, poco a poco, ha conquistado sus derechos, pero con tal lentitud y entre tantos odios e hipocresías, que ante cada retrato de ministro o de domine el visitante de la exposición no dejaba de enternecerse pensando en la suerte corrida por sus abuelos, los niños de entonces, que vestidos de blusa marinera o casaca bordada, calzados con botitas o con zuecos, fueron de cualquier manera los conejillos de Indias de pedagogos y políticos.

1805-1905. Sin duda fué aquél el siglo del romanticismo, del desarrollo industrial, de los grandes descubrimientos y las virtudes burguesas, y de los primeros golpes de la democracia, y otras muchas cosas. Fué sobre todo, para volver a la exposición de que hablábamos, el siglo de los niños olvidados de quienes, poco a poco, volvió a hacerse caso. Primero encontramos documentos oficiales, leyes, decretos, barbas solemnes, dibujos graciosos o feroces. ¿Pero donde están los niños?

No se trata de los niños. Se trata de la Enseñanza, y de las querellas que suscita la cuestión política y religiosa de la enseñanza. Se trata de los edificios escolares y del profesorado, nunca de los alumnos. Los alumnos no son sino cifras, matrículas y, sin duda alguna, elementos del presupuesto. El presupuesto es lo que importa, y más que él, en ese siglo de los sentimientos nobles, la administración, las relaciones entre la escuela y el Estado, entre los maestros y el gobierno. He

aquí lo que despierta reacciones apasionadas, nutre las maquinaciones de la subprefectura y sacude la Cámara de Diputados. A justo título. Pero no queda casi sitio para los niños en ese mundo de adultos dados a la hinchazón retórica.

¡Un siglo de progreso! Más de un educador ha debido quedar reconocido al Museo Pedagógico por recordar en nuestros días una historia verdaderamente optimista, que termina, sin bombo ni platillo, en una especie de victoria de la justicia y de la libertad. ¡Pero cuántas batallas hubo que librar antes de obtener esa victoria! Los idealistas que, alrededor de 1830, predicaban la enseñanza universal en el estilo de una revolución ya lejana, debían parecer gentes amantes de las bromas inocuas. La escuela para todos... ¡Vamos! Las minas reclamaban la mano de obra de los niños, y las fábricas las de las niñas. ¡De todos modos se los enganchaba sólo a partir de los ocho o los nueve años; no se les hacía trabajar más que doce horas por día y si se les daba de latigazos, era por su bien! El rey Carlos X había adoptado hacia poco un «proyecto de ordenanza» contemplando la generalización de la instrucción primaria « para formar a los pueblos en el hábito del orden y en la afirmación de todas las virtudes morales y religiosas». Pero si se seguía este camino, los utopistas y los revolucionarios arrastrarían pronto al país a las peores aventuras... Porque la cuestión se planteó en esos términos, con esa ingenuidad y esa bajeza. Hubo gentes graves, gentes dignas del mayor respeto, que se preguntaron en serio: «¿Es conveniente dar instrucción a los niños (léase los hijos del pueblo)?» El honroso debate se prolongó por espacio de más de veinte años. En 1850 el ministro Adolphe Thiers, hombre de orden si los hubo, exclamó, en un momento de



furor sagrado: «Digo y sostengo que la enseñanza primaria no debe estar forzosamente al alcance de todos; me atrevería a decir que la instrucción es, según pienso yo, el principio de la comodidad y del bienestar, y que éstos no se han hecho para todos».

Profesiones de fe semejantes se repitieron en todas las lenguas del mundo. Es fácil hoy en día ocultar el rostro, una vez que los «utopistas» y los «revolucionarios» se demostraron capaces de triunfar. Pero en el fondo todas estas profesiones de fe se referían a un concepto de la enseñanza compartido por más de un partidario de la escuela obligatoria; un concepto inocente en apariencia y que quizá no esté tan olvidado como se dice: el del Poder Establecido, tal como lo expresaran los juristas de Napoleón. La verdadera función de la enseñanza pública, su verdadera razón de ser, es servir de apoyo moral al poder, al que el Estado se incorpora y con el cual se justifica. La escuela al servicio de la sociedad; el niño al servicio del adulto.

De un modo consciente o inconsciente, la mayor parte de nuestros padres han venerado esta idea de corte imperial. Contra ella resultaron impotentes los defensores más ardientes de la libertad. Cuando se expulsó a Michelet del «Collège de France» tuvo por lo menos para conformarse una litografía de Daumier. Al agradecer al artista su obra, dijo el historiador: «Veo con placer que se aproxima una época en que el gobierno, siendo el pueblo mismo y convirtiéndose en educador, apelará seguramente a vuestro genio...» Como si se pudiera concebir un gobierno que no pretendiese ser el pueblo mismo.



(Sigue en la pág. 4.)

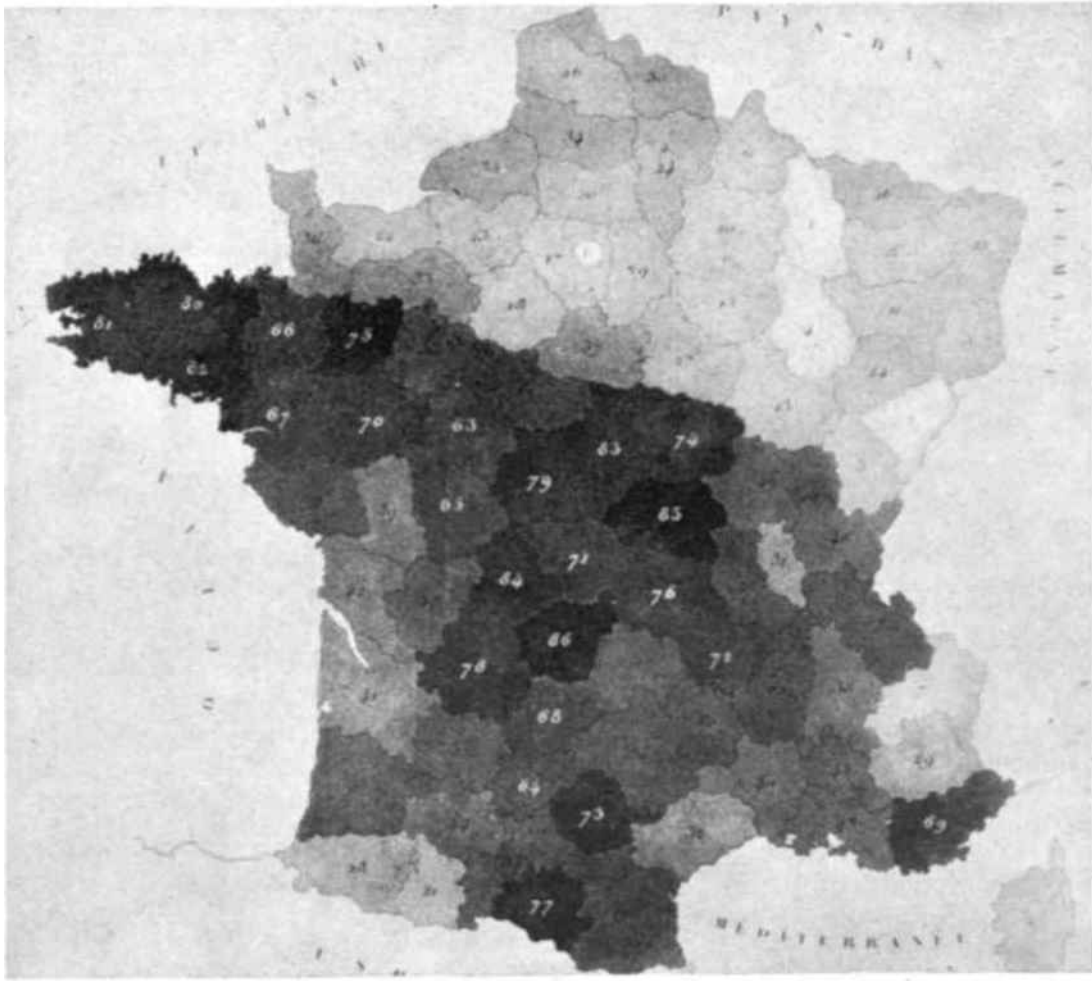


Gráfico que indica el grado de instrucción de que se gozaba en Francia hacia 1825. La oscuridad de las tintas corresponde al mínimo de instrucción. Un censo de la época demostraba las diferencias registradas en el país: por ejemplo entre la Meuse, al noreste, donde había un 26 % de analfabetos, y un departamento del centro —la Correze— donde el 88 % de los niños no sabían leer ni escribir.



Desgraciado, mira a dónde te han llevado tus ideas anarquistas. Has gritado: ¡abajo la gramática y los maestros ciruelal! ¡Maldito sea el día en que te dí la vida! (Litografía de Daumier, junio de 1849.)



LA LECCION DE HISTORIA. — ¡Cómo, imbécil, no sabes el nombre de los tres hijos de Dagoberto! Pero entonces no sabes nada... ¡entonces es que deseas ser toda tu vida un ser inútil a la sociedad! (Litografía de Daumier publicada en el «Charivari» del 3 de Marzo de 1846.)



ESPERA, ESPERA... ¡Te voy a dar yo maestro de escuela! Obra de Daumier, 1846. Poco a poco el látigo y la férula, que en otros tiempos fueran símbolos de la función educadora, se convierten en objetos de museo. La disciplina fundada en el temor cobra un matiz de amor y de comprensión del mundo infantil.

Cuando la enseñanza universal parecía cosa de locos...

(Viene de la pág. 3.)

a hacer frente a sus responsabilidades con dignidad, y a los segundos a ganarse la vida. Los primeros se convertirían en buenos magistrados, buenos oficiales y buenos patronos. Los segundos en hábiles obreros, soldados obedientes y proletarios optimistas. Los primeros, encerrados en esos cuarteles cuya atmósfera siniestra han evocado tantos novelistas, de Balzac a Daudet, nutrirían su mente con el griego y el latín, la gramática y la retórica. Los otros, conjuntamente con rudimentos de lectura, escritura y cálculo, recibirían algunas lecciones de moral. Todos crecerían y se formarían en el respeto a la autoridad y el culto de las glorias nacionales.

Pero al finalizar el siglo, el progreso no consistía ciertamente en combatir ese culto ni ese respeto, sino en acabar con las injusticias más flagrantes, ampliar los programas, renovar los métodos, premiar más a la inteligencia que a la fortuna y al entusiasmo que a la docilidad. El progreso consistió en abrir las ventanas al mundo, en dejar que entraran con progresiva audacia el sol y el viento en las clases; el viento, porque era la moda hablar de «vientos de libertad». Poco a poco el austero profesor, temible funcionario imperial o real, y el maestro de escuela, funcionario municipal generalmente humillado por el alcalde y las otras autoridades, desaparecieron para dejar sitio al educador, que era un personaje nuevo en aquel escenario. Poco a poco se descubrió el rostro del niño... Ya no hubo instintos que domar,

cráneos que atiborrar de conocimientos, animales que transformar por fuerza en ciudadanos razonables. El niño era, de ahora en adelante, un ser digno de respeto; una personalidad y un carácter dignos también, en lo sucesivo, de estudio y atención delicada; un individuo a cuyo desarrollo había que ayudar y no poner trabas, capaz también de virtudes que debían guiarse, en vez de imponérselas como cuando se domestica a un animal. El niño, para decirlo en pocas palabras, se revelaba como persona, y con esta revelación, por lo menos psicológica, nacía una pedagogía nueva.

Hubo entonces esa aurora todavía brumosa, esos primeros pasos torpes que recuerdan los papeles amarillentos y las enternecedoras fotos de hace cincuenta años. Varios adultos demostraron con la experiencia viva que la memoria mecánica no es toda la inteligencia. Demostraron también que una «experiencia» vale por diez lecciones recitadas. He aquí los primeros mapas, las primeras lecciones de cosas, y las primeras figuras en los libros. He aquí unos patios de recreo que por fin no parecen patios de prisión, unos maestros que no se parecen ni a Napoleón III ni al Coco y unas maestras que, desafiando el ridículo y el escándalo, se entregan a ejercicios gimnásticos. Aquí vemos también unos alumnos alegres que se dedican a la jardinería y a la explotación rural. Para ellos el siglo parece terminar con un decorado idílico.

Por lo demás, los decretos y las leyes se suceden para reglamentar en todos sus detalles la enseñanza primaria y secundaria, la enseñanza

técnica y profesional, las escuelas normales y los cursos para adultos. Pero los textos de la ley no expresan la evolución capital, que era una evolución de la costumbre. La escuela, desde entonces, existía para el niño, y no el niño para la escuela (es decir para la clase social, el partido o la confesión).

Se dirá que en 1905 semejante evolución no había llegado a completarse todavía, ni en Europa ni en el mundo. Sin duda alguna. Pero los progresos llevados a cabo en pocos lustros fueron prodigiosos. Nadie se atrevería a afirmar que desde entonces han continuado produciéndose con el mismo ritmo, inspirados por la misma fe. En 1850, Victor Hugo reclamaba a la Cámara de Diputados, en un discurso famoso «... una enseñanza pública inmensa, impartida y reglamentada por el Estado... las puertas de la ciencia abiertas de par en par a todas las inteligencias. Donde haya un espíritu, donde haya campo, que haya también un libro. ¡Que no veamos un ayuntamiento sin su escuela, una ciudad sin su liceo o una capital de provincia sin su facultad!»

¡Desde entonces, cuántas escuelas se han fundado y cuántos libros se han distribuido, aunque no en todos los sitios «donde hay campo»! Pero para millones de inteligencias las «puertas de la ciencia» apenas si se han entreabierto. Y se nos dice en 1952 que la mitad de la población del mundo es analfabeta. Decididamente, la batalla por la enseñanza universal no se ha ganado todavía, ni mucho menos. (Clichés de Leif Larsen.)



La «Gramática en Imágenes», 1863. Uso del adjetivo : «confiado por una familia **desolada** a un amigo **severo** pero **justo** por haber sido **perezoso, goloso y mentiroso**»



En cuanto a mí, yo insisto sobre todo en emplear con mis alumnos la fuerza de la razón, y todos me idolatran. Preguntádselo, ¡y veréis que no hay uno solo que se atreva a deciros lo contrario! (Litografía de Daumier aparecida en el «Charivari» de 1847.)

«¿Qué adjetivo podría calificar mejor a este colegial que el adjetivo **feo**? Esta niñita, que piensa así, dice a su hermano: «Mira a ese niño **feo**, qué **ridículo** es».



Fotografía tomada en la Escuela Normal de Coutances en 1905, (sacada de un álbum de la época). Son escasos los documentos del siglo XIX que se refieran a la instrucción dada a las niñas; y esta carencia no hace más que reflejar las tendencias de una época que descuidaba por completo la educación femenina.

Eran pocas las chicas jóvenes que seguían en cursos privados lecciones de francés, de acuarela, de costura y presentación personal, de música o de tapicería. Las hijas del pueblo tenían derecho sólo a las salas del asilo, o los talleres en que aprendían una costura utilitaria y un poco de cálculo y lectura.

Aspectos de la ciencia

EL ENIGMA DEL AIRE

La atmósfera que envuelve a la tierra es una capa benéfica que no sólo sostiene el aliento de la vida en el hombre y en otros animales, sino que constituye además un escudo protector contra los agentes letales que lueven del espacio sobre nuestro planeta. Por un verdadero milagro, nuestra atmósfera abunda en el oxígeno dispensador de vida que todos necesitamos para respirar. La atmósfera de otros planetas, en el caso de que la tengan, está compuesta por capas de gases extraños que ahogan, como el metano y el amoníaco. Si existen en ellos animales capaces de respirar, la química de su organismo debe ser totalmente insospechada para nosotros.

Si no fuera por el aire, los numerosos meteoros que rasgan el cielo nocturno con su brillo fugaz resultarían proyectiles mortales y terriblemente destructores. Estos fragmentos de piedra fría, que se lanzan a nuestro planeta con una velocidad cien veces superior a la de una bala de rifle, llegan a calentarse tan intensamente en su fricción con el aire, que por lo común se queman o se evaporan completamente antes de tocar tierra. De los millones que tropiezan con la atmósfera todos los días, sólo habrá de vez en cuando uno lo suficientemente grande como para sobrevivir a la desintegración completa. En ese caso, el proyectil puede caer en la tierra con efecto espectacular y a veces destructivo.

Aún más importante que la protección mecánica ofrecida por la atmósfera es la defensa óptica que ésta nos brinda. La atmósfera puede hacerlo a causa de la formación de un gas llamado ozono, que se genera por la acción de los candentes rayos ultra-violeta presentes en la luz del sol. El oxígeno ordinario se compone de moléculas, cada una de las cuales tiene dos átomos de oxígeno. Las moléculas de este elemento, por otra parte, son estructuras transitorias, constituidas cada una por tres átomos de oxígeno. Estas moléculas se crean en la región situada a una distancia de 15 a 40 kilómetros de la tierra, pero si se las confinara al nivel de ésta, sujetas a la presión que allí se produce, ocuparían un espacio muy poco superior a dos milímetros. Esta película de gas es todo lo que existe entre nosotros y la muerte por exposición a los rayos del sol. La vida terrestre está suspendida de hilos bien tenués por cierto.

¿Hasta qué altura se extiende la atmósfera, y cuáles son su estructura y condición a diversos niveles? Puede decirse que, con excepción de la parte directamente accesible al hombre — durante tanto tiempo atado a la tierra — hasta comienzos de este siglo, nuestro conocimiento de la atmósfera era muy general y vago. Con el advenimiento del aeroplano pudieron alcanzarse alturas hasta de 18 kilómetros, y llegar a más del doble lanzando globos de experimentación con instrumentos para registrar datos diversos. En 1898 el meteorólogo francés de Bort describió y dió nombre a dos capas atmosféricas bien definidas: la **troposfera**, que se extiende desde la superficie de la tierra hasta una altitud de cerca de doce kilómetros, y la **estratosfera**, que se extiende desde este punto hacia arriba. Casi un cuarto de siglo después, al estudiar la forma en que las ondas de radio lanzadas al espacio vuelven a reflejarse sobre la tierra, Kennelly en Estados Unidos y Heaviside en Inglaterra reconocieron la existencia de una región todavía más elevada llamada la **ionosfera**, que empezaba a ochenta kilómetros de distancia de la tierra y se extendía perceptiblemente hasta unos 3.000.

La troposfera, que es el ambiente que respiramos y en el que transcurre nuestra existencia, es la región tumultuosa del viento, las nubes y las tormentas. Casi las cuatro quintas partes del aire cerca del nivel del mar son nitrógeno, y cerca de la quinta restante, oxígeno. El argón, gas químicamente inerte, y el bióxido de carbono, constituyen entre ambos menos del uno por ciento del aire, y la centésima parte del conjunto se compone de los demás gases raros e inertes y de simples rastros de hidrógeno y ozono. Además de estos componentes permanentes del aire, hay en éste cantidades variables de vapor de agua, polvo y bacterias.

Uno de los hechos más sorprendentes de la atmósfera es la rápida disminución de la presión que se produce al elevarse uno, resultado directo de la compresibilidad de los gases bajo el peso de las capas que tienen encima. A principios del siglo XVIII, el astrónomo inglés Halley describió estas variantes de presión: si se asciende cinco kilómetros y medio, la presión que se encuentre será la mitad de la que existe al nivel del mar; el subir otros cinco kilómetros y medio la hará bajar a la cuarta parte de la cantidad inicial, y así sucesivamente. Pero más tarde se descubrió que esta variación, tan sencilla como regular, ocurría sólo en las regiones más bajas de la atmósfera.

Comparada con la troposfera, la estratosfera que la sucede está llena de calma y de paz. El hombre ha podido explorar únicamente sus capas más inferiores, pero hace muy poco ha logrado enviar cohetes de gran altitud que la han atravesado e incluso han logrado llegar a la ionosfera. Sólo la visitar alguna nube ocasional, la cola de los meteoros y los restos atómicos dejados por los rayos cósmicos.

Los estudios realizados sobre la forma en que los sonidos se reflejan en la tierra al volver a ésta de la estratosfera han dado a la ciencia amplios datos sobre esta región. Dichos experimentos indican la existencia de capas en la estratosfera superior donde se registra una temperatura elevada, cosa que también indican los rastros luminosos de un meteorito.

La ionosfera ha sido bien investigada hasta una altitud de 800 kilómetros, pero hay pruebas de que ésta, que es la más exterior de todas las regiones de la atmósfera, llega perceptiblemente a tener cuatro veces esa altitud antes de abandonar su avance por los espacios interplanetarios. A una altura así, el aire debe estar mucho más enrarecido que el mejor vacío que podamos producir en el laboratorio.

Al medirse la forma en que las ondas de radio vuelven a la tierra ha quedado demostrado que hay varias capas de átomos ionizados, o parcialmente desgarrados, en la ionosfera, lo cual explica el nombre dado a ésta. Tanto la estructura como la composición de esta región cambian continuamente en respuesta al influjo de la intensísima radiación solar, de los rayos cósmicos y de los átomos electrificados del espacio exterior. Además, hay pruebas de la existencia de vientos violentos y tempestuosos que tienen varias veces la velocidad de los peores ventarrones registrados en la superficie de la tierra.

Aún más sorprendentes son las indicaciones que se tienen de que las temperaturas en la ionosfera se elevan a 1.500 grados Celsius, lo cual no quiere decir, sin embargo, que un objeto que llegue a semejantes alturas se quemará y quede inmediatamente reducido a pavesas. Por el contrario, hay que recordar que la temperatura es sólo una medida de la velocidad con que se mueven los átomos o moléculas de una sustancia (véase el artículo titulado «Los átomos en acción», en «El Correo» de Febrero, 1952). A pesar de sus altas velocidades, las partículas de estas capas superiores de la atmósfera no pueden impartir grandes cantidades de calor, ya que en las capas más altas apenas hay un átomo por cada kilómetro cúbico de espacio.

Hay muchos fenómenos atmosféricos por investigar todavía, y numerosos problemas que no han hallado aún solución. Los cohetes que alcanzan grandes alturas pueden enviar automáticamente a los observadores apostados en la tierra mensajes de radio con datos sobre temperatura, presión, intensidad de los rayos cósmicos, radiación solar, etc. Hasta pueden recoger muestras de aire a diversas alturas. Todos estos datos resultarán valiosos para contestar preguntas sobre el origen, estructura y composición de la atmósfera, y pueden llegar a hacer posible, en última instancia, la predicción a largo plazo de las condiciones y estado del tiempo en nuestro planeta.

El lector que desee tener mayor información sobre este tema puede escribir a la División de Vulgarización de la Ciencia, Unesco, 19, avenue Kléber, París-16* (France), que le enviará gratuitamente una bibliografía sobre «La Atmósfera».

LA LUCHA CONTRA LA ENFERMEDAD

CON LA SALUD

La noche estaba oscura como boca de lobos, y la hora no era lo más propicia para avanzar por un pantano de mangle. Las raíces de cada uno de estos arbustos, levantándose por sobre el agua, parecían una araña gigantesca o un pulpo petrificado.

El ruido del motor alarmaba a los animales del pantano. Un chapuzón. Una fuga precipitada por las ramas de algún árbol. El batir de unas alas que no se ven. Un grito. Un chillido largo e irreal...

Esta no era hora — ni desde luego, lugar — para andar de excursión. Pero el dispensario flotante que cruzaba en ese momento el pantano tenía una cita ineludible. Tenía que estar en el amarradero de la aldea próxima antes de que los pescadores salieran al amanecer hacia las redes que tenían tendidas en el delta.

No puede pedirse mejor ejemplo de las dificultades de orden práctico, y de la cantidad de recursos que hay que crear para vencerlas en la lucha del hombre contra la enfermedad, que el de estos dispensarios flotantes.

En Sarawak, y no sólo en Sarawak sino en todo Borneo, que en extensión es la tercera isla del mundo, uno de los problemas más serios para las autoridades encargadas de una campaña de salud es el de las comunicaciones. Antes de que la ciencia médica pueda prestar ayuda a las gentes, debe llegar a ellas, empresa prodigiosa en una isla de pantanos, selvas y remotas, muchas veces inexploradas, tierras altas. Hay muy pocos caminos, o aún senderos o sendas. En toda la colonia de Sarawak, que pertenece a la Corona británica — cerca de unos 80.000 kilómetros cuadrados — hay sólo unos 760 kilómetros de caminos, de los cuales sólo 100 merecen verdaderamente el nombre de tales.

La única vía de transporte que queda, por lo tanto, es la navegación. Pero el agua significa aquí aviesas corrientes costaneras, canales pantanosos y rápidos en plena selva. Tan azaroso modo de viajar ha convertido a los dayaks en temibles barqueros. El nombre de «dayaks del mar», con que se distingue a determinado grupo de los de «tierra», se aplica a gentes que viven muy lejos de aquél, como signo recordatorio de que el primer contacto que el mundo exterior tuvo con los hombres de Borneo fué siendo éstos piratas cuya pericia para manejar sus frágiles esquifes de tierra en pleno mar y su afición a rebanar cabezas los convirtió en el terror de las rutas comerciales de Oriente.

La civilización, por consiguiente, tiene que seguir en Borneo las rutas de la barbarie y adentrarse en las partes remotas del país por vía acuática. El Fondo Británico de Desarrollo Colonial y Protección Social ha dado 78.000 libras esterlinas para instalar dos dispensarios fijos y dieciséis flotantes. Los dispensarios de río son «perahu» nativos movidos por motores situados fuera de la embarcación.

Estos 16 dispensarios se encuentran actualmente en pleno funcionamiento. A intervalos regulares de días, semanas o meses, patrullan extensiones fijas del río, con objeto de que sus amarres y «horas de consulta» sean conocidos de todo el mundo.

La tripulación de tres personas — un ayudante de hospital, un subalterno y un botero, todos oriundos de Borneo — se va abriendo paso con la embarcación por los pantanos y los ríos. Tienen que estar sin falta en el sitio y día fijados de antemano porque las gentes recorren largas distancias para encontrarlos, llevando a cuestas a sus enfermos muchas veces. El sonido del motor de esta embarcación que lleva el alivio y a veces la salud a sitios remotos es como un «tam-tam» moderno que convoca a las gentes de muchas leguas a la redonda.

por Ritchie Calder

Ilustraciones de Eric Schwab, fotógrafo de las N. U.

El tratamiento que se da a los enfermos consiste en medicaciones simples: jarabes para la tos, aceite de hígado de bacalao, remedios para el estómago, emplastos, ungüentos e inyecciones de arsénico (para la enfermedad de la piel conocida con el nombre de frambesia).

El ayudante de hospital hace el diagnóstico y administra las medicinas, pero si se encuentra con alguna dolencia que requiere cuidados médicos o tratamiento de hospital, el dispensario se transforma en una ambulancia de río, que transportará al paciente al hospital más cercano.

La vida de estos «hombres que luchan contra la enfermedad» está llena de tribulaciones y de peligros. Las embarcaciones son estrechas, y las medicinas y el equipo médico tienen prioridad en ellas, con las consecuencias que son de suponer para la comodidad personal de los que viajan. El calor y la humedad, el sol ecuatorial y el baño de vapor que uno se da en la selva se aproximan mucho a mi idea del infierno.

Supongo, por lo demás, que uno ha de acostumbrarse con el tiempo al hedor repugnante de las aldeas de pescadores donde se seca o pudre la pesca, y al vaho que despiden el limo de las orillas.

El que dispensa medicinas y cuidados efectúa la mayor parte de su trabajo en la orilla del río, pero a menudo se le llama a las chozas de los enfermos que no puedan dejar el lecho — chozas que parecen estar en el aire, elevadas por sobre el pantano y sostenidas por soportes.

Los dispensarios han tenido un éxito indiscutible. De 36.000 personas que se atendieron en ellos el primer año, se pasó el segundo a 165.000. Y este método de estación flotante de socorro médico es el que ha de usarse en la campaña de vacuna antituberculosa que ha de iniciar en breve el Servicio Médico Colonial con la ayuda de la Organización Mundial de la Salud y de la UNICEF. También se lo está adoptando en el



LA PATRULLA DE LA DEN LA JUNGLA



Borneo Indonesio, al sur, en la campaña contra la frambesia patrocinada por estas dos Organizaciones.

Otra empresa sin precedentes en el lugar, que realiza el Gobierno con la ayuda de las Naciones Unidas, es el programa de salud de la madre y el niño. Los elementos necesarios para ella los proporciona la UNICEF, y los expertos la Organización Mundial de la Salud.

Olive Warren, una enfermera inglesa que participa de ella, ha actuado en mil empresas difíciles, con la UNRRA en Italia y con la Organización Internacional de Refugiados en los campos destinados a éstos, pero probablemente ninguna ha sido más dura que ésta de luchar con resistencias de orden religioso, con la superstición, y con las prácticas primitivas que se siguen para los partos en el Borneo ecuatorial.

Miss Warren, junto con una compañera suiza llamada Hulda Wenger, que es especialista en enfermedades de niños, empezó a preparar a las chicas de Borneo como enfermeras capaces de atender salas de hospital. La UNICEF, por su cuenta, proporcionó equipo para las salas de maternidad y de niños, así como leche condensada.

Pero la tarea de Miss Warren consistía también en tomar las medidas necesarias para que parteras calificadas lograran introducirse en los hogares para atender a las madres. Esto resultaba difícil, particularmente entre los malayos que habitan la costa, que son mahometanos y a los que se supone que no pueden atender más que sus curanderas, que reciben honorarios tradicionales: un pollo, dos «sarongs» y unas cuantas agujas. Las prácticas de éstas son crudas y antihigiénicas.

Pero aún esto va cambiando lentamente. En números cada vez mayores,

las mujeres malayas van acudiendo a las clínicas prenatales, y consienten muchas veces en ir al hospital para tener allí su niño, o en recibir a las parteras modernas, que llaman «bedans»; aunque generalmente, a último momento se echan atrás, cediendo a los reproches de sus mayores.

Las mujeres chinas no padecen de esos escrúpulos, y las dayaks están preparadas con frecuencia para hacer largos viajes al hospital por los senderos de la selva y por el río, en canoa. Esto ocurre casi siempre cuando se dan cuenta de que hay algo que no marcha bien. Naturalmente, las incomodidades y azares de su recorrido empeoran su estado.

La única solución eficaz de este problema está en hacer uso de parteras que sean naturales del lugar.

Con una de estas nuevas «bedans» y con Miss Warren fui a casa de una de las mujeres a punto de dar a luz. La bedan salió en bicicleta con su valija negra, utensilio ideado y suministrado por la UNICEF, donde hay de todo lo que se pueda necesitar en estos casos. Miss Warren y yo la seguimos en un «jeep» que, a cierta distancia de la casa, tuvimos que abandonar, haciendo el resto del camino a pie.

La casa estaba inmaculadamente limpia, tributo a la instrucción prenatal que la madre recibiera. El niño nació sobre el piso de bambú, cubierto con tela de saco y papel chino. Por entre las paredes de cañas atisbaban caras curiosas.

Cuando el niño anunció su presencia en este mundo de la ruidosa manera acostumbrada, lo acostaron sobre siete «sarongs» de colores vivos, doblados según el ritual del caso. Cada día se quita uno de ellos, hasta que al octavo el niño se encuentra acostado en la estera, al lado de su madre.

Su cuna diurna es un sarong doblado

en forma de triángulo y que tiene un nudo en la punta. Esta cuna cuelga de una cuerda, y el niño queda así a cubierto de los roedores o insectos que pudieran hacerle algún daño.

Volviendo a las «bedans», hay que decir que se trata de chicas resistentes y valientes, que a la luz de las antorchas o lámparas de acetileno traen niños al mundo entre el croar de las ranas en el pantano, el ruido de las lagartijas y los gritos de las lechuzas. Todo lo que pueden hacer la Organización Mundial de la Salud o la UNICEF es iniciarlas en su tarea. Lo demás depende de ellas mismas: la lenta demolición de las supersticiones locales, la emancipación de las madres de los métodos primitivos que representan todo un culto de la muerte, y la persuasión y preparación de otras chicas como ellas que colaboren en la tarea.

El ejemplo es, en este caso, el mejor maestro. Cuando los «buenos espíritus» de la ciencia moderna puedan vencer el temor de los «malos espíritus» que domina a los habitantes de Borneo, la medicina habrá triunfado y quedará triunfante.

Ya lo ha hecho, en Sarawak, en el caso de la lepra. El leproso es en Borneo, como en todas partes, el desterrado trágico de la sociedad. Al primer síntoma de la siniestra mancha roja en la piel, se lo expulsa del medio en que vive. Hace solamente unos pocos años, se iba para no regresar jamás a vivir entre los suyos. Pero hoy en día hay leprosos que vuelven, curados, al seno de su hogar.

Desde Kuching, la capital de Sarawak, a la selva, nos encontramos con un gran cartel que reza «Leprosaría del Rajah Sir Charles Brooke». Esto es cuanto puede verse desde la carretera. No existe ninguna valia ni ningún muro

que separe a los leprosos del resto del mundo, pero entre el arbolado, a lo largo de un río, se extiende una serie de aldeas que dependen de una administración común, poseen su hospital y varios dormitorios colectivos.

Desde que comenzara a funcionar en 1929, cuando la lepra era una enfermedad endémica en el país, se procuró que los leprosos no se sintieran «anormales». Así, practican el comercio, poseen sus centros de reunión y tienen absoluta independencia de acción. Se casan y tienen hijos, pero apenas éstos nacen son separados de sus madres, antes de que puedan contagiarse.

Aquí, las drogas «milagrosas» del Occidente han obrado verdaderos milagros. Aplicando semanalmente una inyección de sulfona puede detenerse el desarrollo de la lepra, aun cuando no devolverse la salud a los miembros ya afectados. De todas maneras, ha de vigilarse durante tres años a los pacientes, continuando durante los mismos el tratamiento prescrito.

Los médicos que combaten contra las enfermedades en Sarawak son apenas un puñado —nueve en total para una zona más vasta que Inglaterra y el País de Gales juntos—. Los estudiantes locales han acudido al llamamiento de ayuda que se les dirigiera. Algunos de ellos fueron enviados al extranjero para seguir cursillos de especialización, pero, a pesar de todo, se padece una gran escasez de elemento humano para combatir el mal. El camino del progreso sigue siendo desbrozado en Sarawak por un exiguo grupo de «adelantados» que luchan heroicamente contra la selva, la ignorancia y la superstición.

Tanto este artículo como los otros de Ritchie Calder que aparecen en las págs. 8 a 11 son «copyright» y su reproducción está prohibida.

UNA ESCUELA DE BAMBU, ILUMINADA POR LINTERNAS CONTRA EL VIENTO

Sigota es una niña de escuela que vive en la selva. Tiene doce años y es la mayor de cuatro hermanos — tres niñas y un varón — que viven en la misma casa que su padre, madre, sus dos parejas de abuelos y 200 personas más.

Todos ellos son «dayaks», o sea cazadores de cabezas, sólo que ya no las cazan: por el contrario, hacen una vida mucho más pacífica que las naciones que los consideran poco civilizados y son mucho más morales que algunos que deploran las costumbres paganas de esta tribu.

Sigota vive en lo alto de los árboles, en una de las llamadas «casas largas», construida sobre soportes que sostienen una plataforma de planchas de bambú más grande que un campo de «football». La choza se extiende todo a lo largo de esta plataforma y es, en realidad, una habitación interminable con biombos de hojas de plátano que separan en parte a las diversas familias que la habitan.

Quizá la «casa larga» parezca una idea curiosa a los que viven fuera de Borneo, pero un inquilinato o un rascacielos de Estados Unidos parecerían igualmente curiosos a una chica como Sigota. Todo depende de que se considere la «casa larga» horizontal o vertical.

Anoche compartí la habitación de Sigota y los suyos. Dormí sobre una estera de paja, en el piso desigual, hecho de cañas de bambú, y debo decir que, luego de pasar un día en la selva, dormí profundamente. Por una vez no me hicieron mella los movimientos de los animales en la selva que se extendía abajo, a nuestros pies, ni oí los gritos y chapuzones de los reptiles y las aves de presa.

Esta mañana nos despertó un coro de gallos que cantaba debajo de nuestras camas, porque en el espacio que media entre el piso de estas habitaciones y el suelo los pollos crecen hasta convertirse en ga-

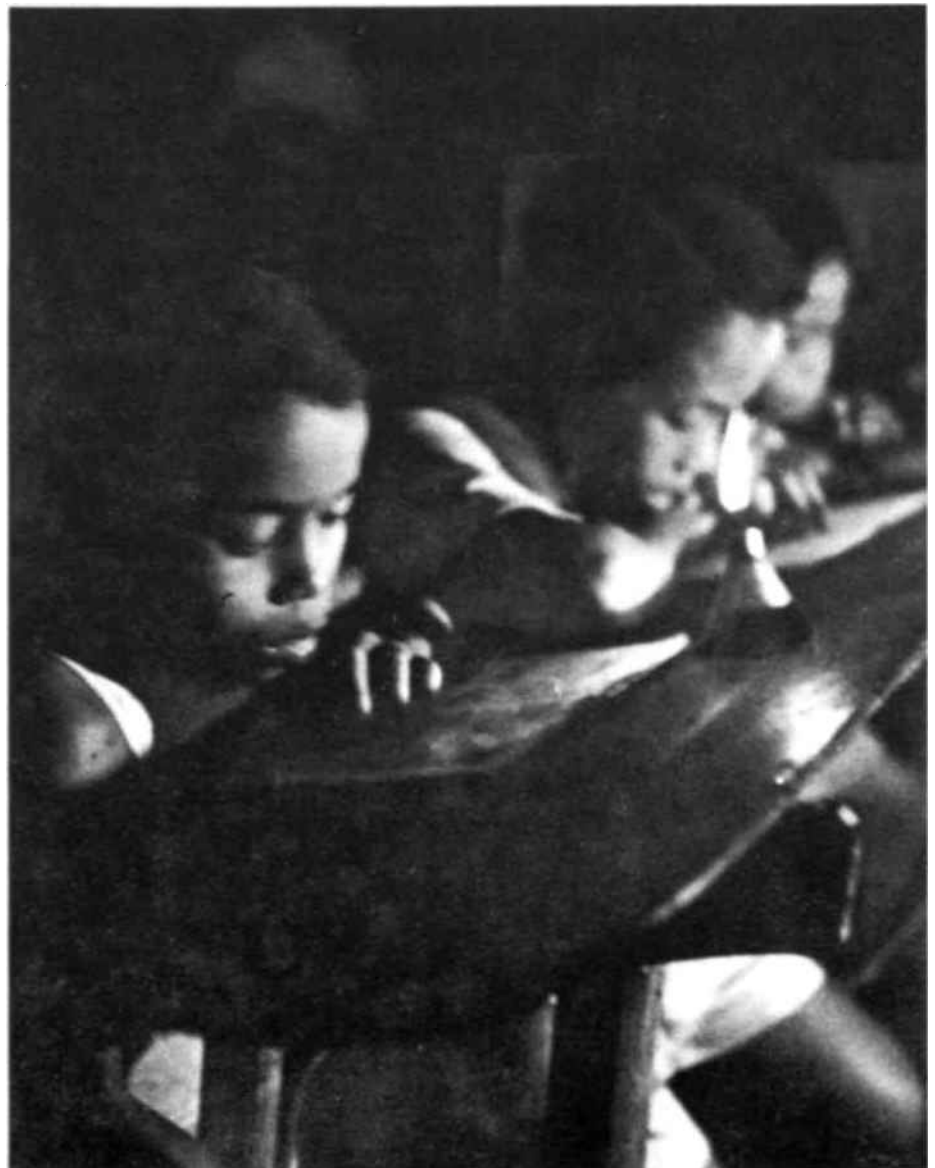
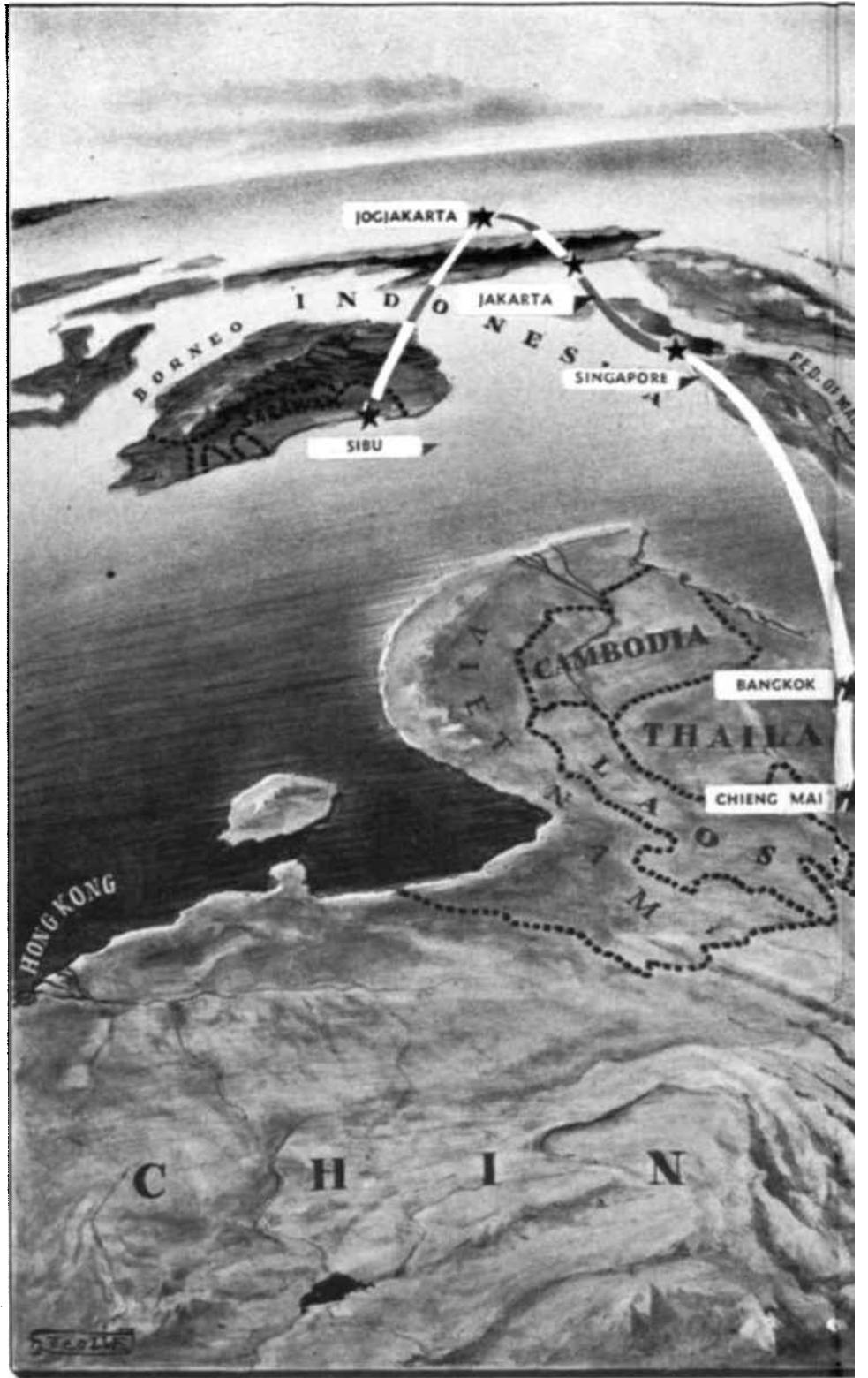
llos, y los cerdos esperan el momento de la matanza, aprovechando de los desperdicios de toda la casa, que simplemente se tiran por entre las planchas de bambú. En una «casa larga» donde vivan los dayaks se desconocen los refinamientos de la sanidad moderna.

Pero la vivienda no deja por ello de estar limpia siempre. Esto es en sí toda una proeza, ya que el agua ha de ser acarreada desde el río que se precipita por un barranco a bastante distancia del lugar.

Y la primera tarea del día para Sigota era precisamente ésta: la de traer agua del río. No disponía para ello de un balde o una jarra, sino de una docena de botellas de bambú, simples secciones de caña en que el nudo de la planta hace de fondo.

Al llegar al río la primera preocupación de la niña fué tomar su baño matutino, cosa que hizo lanzándose a los rápidos del río con su «sarong» con el que se siguió envolviendo y que lavó al mismo tiempo que se bañaba. (El lavado es una operación sencilla en el Borneo ecuatorial, ya que el sarong se le había secado en el cuerpo antes de estar de vuelta en su casa). Luego Sigota se limpió los dientes frotándolos con un pedazo de corteza de coco, cuyos pelos hacen bien las veces de cerdas.

Terminadas sus abluciones matinales, llenó las botellas de bambú que traía con el agua fresca del río. Pero una de las botellas se estaba derramando, y la niña llamó a un botero, que dejó su canoa, se metió en la selva como una exhalación, tomó su cuchillo curvado, afilado hasta poder competir con cualquier navaja, y de dos simples cortes dejó lista otra sección de caña de bambú. Unas pocas pasadas de cuchillo y la caña estaba raspada y limpia; todo ello en menos de un minuto.



El pizarrón estaba iluminado por una linterna contra el viento, y cada alumno tenía frente a sí una pequeña lámpara de pabilo a la luz de la cual debía leer sus libros y sacar sus cuentas.

Sigota llenó de agua su botella nueva y la ató con una cuerda a una armazón que llevaba a la espalda. Con esa postura perfecta que los profesores de gimnasia se pasan horas tratando de inculcar a sus discípulas —la espalda recta y la cabeza echada hacia atrás— la niña volvió a subir a su casa aérea.

Su madre, en cuclillas, soplaba con una pantalla el fuego de un brasero de carbón en que se estaba cocinando el arroz. Este arroz, con un revuelto de verduras condimentado con pimienta muy picante y una banana de un racimo recién arrancado en la selva, constituían el desayuno de Sigota, con el que bebía el jugo de un coco pequeño, recién perforado al efecto.

La directora del grupo de Sigota la llamó y ella tomó un canasto parecido a una pequeña cesta de pescadores, en donde llevaba semillas de arroz, y se unió a sus compañeras. También me uní yo a ellas.

Bajamos por el tronco de árbol que hace las veces de escalera entre la «casa larga» y el suelo —tronco lleno de profundas incisiones para apoyar el pie— y nos echamos a andar el sendero de la selva.

Siembra con exorcismos

Una vieja excéntrica encabezaba el grupo mascando una bola de limón, areca y tabaco rojo, que le había ennegrecido ya los dientes y convertido la boca en una especie de sangrante cuchillada escarlata. La mujer murmuraba todo el tiempo, comunicándose con los espíritus que, por ser tan vieja, no podrían hacerle ningún daño.

La función de esta mujer consistía en vigilar los augurios. Quizá Sigota y su vivaz amiga Sengos, que iban caminando tan gazmoñamente (no hay que mostrarse demasiado desenvuelto frente a los trasgos) esperaban oír el grito del «bukang», ya que una vez oído este pájaro tendrían que volverse todos y abandonar la siembra de arroz por el día.

Pero ningún mal augurio cruzó nuestro camino en el largo trecho que hubimos de recorrer por la selva, llena de

vapores calientes, hasta llegar al plantío.

Consistía éste de unos pocos acres de terreno en la selva alta, que los habitantes de la aldea habían facultado como tal talando los árboles mayores y prendiendo fuego a la maleza y las plantas de bambú. En el suelo no cultivado se amontonaban las cenizas.

En medio de este espacio abierto había unas cañas de bambú que, plantadas verticalmente, sostenían un techo de paja y una plataforma en la que se habían depositado varios objetos, una hoja de plátano cubierta de alimentos y una botella de bebida hecha con arroz fermentado. Al espíritu al que estaba dedicado este altar le gusta una comida completa acompañada de bebida fuerte, y el todo rociado con agua de las botellas de bambú. Uno de los deberes de Sigota y de su amiga Sengos consiste en llenar continuamente estas botellas de agua fresca para aplacar el calor continuo de la jornada. El agua se trae de una corriente en lo alto de la colina, en un frágil acueducto de cañas de bambú cortadas en dos y sostenidas en el aire por horquetas de ramas, cañería tan sencilla como satisfactoria.

Pero la vieja Señora de los Augurios, haciendo caso omiso de este altar permanente, se fué a uno de los extremos del claro convertido en plantío, al borde mismo de la selva, y preparó otro altar de cañas muy finas, de unos noventa centímetros de altura cada una, que cubrió con hojas verdes. Siempre en cuclillas, puso en una hoja que parecía una bandeja verde un poco de comida y un puñado de arroz de los cestos que traía cada uno de los sembradores, añadiendo luego otro poco de la nuez de betel que había estado mascando. Luego, por espacio de una media hora, reprendió y trató con lisonja, alternativamente, al Espíritu del Arroz, hasta que finalmente pareció lograr alguna suerte de garantía de éste e hizo señas a los demás de que podía comenzar la siembra.

Este ritual cotidiano tiene gran importancia, porque si el Espíritu envía malos augurios o deja que alguna serpiente que no corresponda (aunque sea inofensiva)

40.000 KMS A TRAVES DEL SUDESTE DE ASIA



cruce el plantío, los habitantes de la aldea abandonarán para siempre el claro de la selva, por más trabajos y fatigas que les haya costado prepararlo.

La siembra es una operación muy simple. Los hombres del grupo recorrieron el campo haciendo agujeros en éste con varas puntiagudas, y las mujeres y las niñas los siguieron arrojando, con infalible puntería, una pulgarada de semillas de arroz en cada agujero. Los hoyos quedan al descubierto, como una invitación para los pájaros (otra buena razón para aplacar al Espíritu del Arroz, entre cuyas funciones figura la de vigilar a los pájaros ladrones).

Sigota y Sengos, como buenas niñas de escuela que son, reían de algún chiste que sólo ellas entendían (de mí probablemente) mientras se aplicaban a su trabajo de sembradoras. Trabajaron toda la mañana al calor de aquel claro, hundiendo la cabeza en el agua de vez en cuando o bebiendo en el caño del acueducto.

Al caer el sol verticalmente —un sol que parecía concentrarse en aquel rincón descubierto de la selva con la intensidad de un cristal de reloj— el capataz de la faena llamó a descanso, y todos nos retiramos a la sombra bienhechora de la selva. Bienhechora... aunque con la humedad ardiente de un baño turco.

Bait el gomero

De vuelta a la aldea encontramos a Bait, amigo de Sigota, que como ella tiene doce años y va también a la escuela. El muchachito volvía solo a su casa después de su faena, que consiste en hacer incisiones en los árboles de goma. Desde por la mañana temprano había estado haciendo con su «parang», un pesado cuchillo curvo, cortes en espiral en los troncos de cada árbol, y con la destreza que caracteriza a los obreros de aquellas regiones había llegado a crear en cada tronco un arroyuelo por el que caía el líquido, blanco y espeso, a un tazón. Lo que recogiera esa mañana lo traía él mismo para volcarlo en unas latas achataadas en donde la savia del árbol se soli-

difica hasta adquirir la consistencia de una pasta.

Su trabajo de la tarde consistiría en trabajar y amasar esa pasta en láminas, y colocarlas en una prensa, separando cada una con un trozo de muselina de algodón. La humedad que quede en la pasta se pierde al prensarse ésta, y las láminas se pasan por una máquina aplanadora y se ponen a secar hasta que vengan los comerciantes chinos y compren el producto.

El reloj pulsera de Bait y la estilográfica que llevaba prendida a un bolsillo constituyen buena prueba de las ganancias que los aldeanos han obtenido en el «boom» del caucho, prosperidad cuyas consecuencias llegan hasta el fondo de la selva. Esa riqueza se traduce, igualmente en los motores que acoplan a sus canoas y en los receptores de radio y hasta los generadores eléctricos que usan. En una de las «casas largas» donde viven los habitantes de la región me sorprendió ver una bicicleta, pues no existe, que yo sepa, ninguna pista a través de la selva donde se pueda circular con ésta.

Tras del almuerzo, que no difiere de su desayuno más que en la raja de piña que su madre la trajera de la selva, Sigota tenía otras faenas que hacer; por ejemplo atender a su hermanito y sacarlo a dar un paseo a lo largo de la explanada, llevándolo sujeto a un costado del cuerpo.

Ambos relevaron después a otra hermanita de Sigota, que había estado varias horas espantando con una caña de bambú los pollos y gallinas que se acercaban para picar en el arroz puesto a secar en unas esteras. Desnudo por completo, el chiquillo de un año reía y se divertía de lo niño blandiendo una caña tres veces mayor que él y asustando a las tercias aves.

Al despertar su madre de la siesta, Sigota emprendió un trabajo más serio. Tenía que desgranar parte de la última cosecha de arroz, vareándola hasta hacerle soltar la cascarilla que, con una buena cantidad de granos, caía por los intersticios de las planchas de bambú para alimentar abajo a las aves de corral concentradas allí. Como premio a su trabajo, la niña chupaba un trozo de caña.

Al llegar la noche Sigota continuaba todavía trabajando, moliendo el arroz por el primitivo procedimiento de frotarlo entre dos pesados trozos de madera.

¿Y la escuela? Porque dijimos que Sigota era una escolar. Pues sí, todavía le queda la escuela. Ha estado trabajando desde las siete de la mañana, pero a las siete de la tarde, cuando comienza a asomar la luna; se une a una procesión de linternas contra el viento y linternas de bolsillo, donde se encuentra con Sengos y Bait y una docena más de «escolares» —algunos de veinte años— vestidos con sarongs de colores vivos.

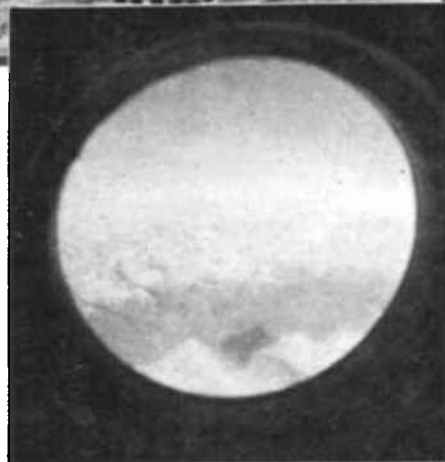
Todos bajan juntos a su escuela, que se halla instalada en una choza con techo de paja quinchada. El pizarrón está alumbrado por una linterna contra el viento cuya luz queda periódicamente debilitada por una nube de polillas. Cada alumno tiene frente a sí una pequeña lámpara de pabilo a la luz de la cual debe leer sus libros y sacar sus cuentas.

El ABC, ruido misterioso

Y comenzaron a leer al unísono: «Un hombre vió un tigre...» «No puedo alcanzar la última rama del cocotero...» «Mi padre fué hoy al mercado».

Sigota es una de las mejores alumnas, y se la hizo decir sola: «Mi madre está cansada. Y esto me apena».

El maestro, que se llama Ibrahim bin Mantili y tiene 45 años, estaba vestido con un pijama blanco. Me mostró con orgullo el certificado que lo acredita como maestro provisional. Sus calificaciones eran de «cuatro» en lengua malaya y «tres» en inglés. No tendrá conocimientos muy extensos, pero por lo menos ha traído el alfabeto y las primeras operaciones aritméticas a estos dayaks de la selva, y gracias a él Sigota, Bait y sus amigos quieren ahora aprender cosas nuevas. Aunque ello signifique tener que ir a la escuela en la impenetrable noche de la selva, noche poblada de ruidos extrañísimos... sin olvidar el de las letras del alfabeto que los escolares recitan en voz alta.



En la expedición que realizara por cuenta de las Naciones Unidas para estudiar las condiciones de vida en el sudeste de Asia, Ritchie Calder hizo 40.000 kilómetros de recorrido. Las estrellas y las líneas blancas marcan en el mapa el camino que siguió desde las espesas selvas de Sarawak hasta las heladas y yermas montañas y llanuras de Afganistán. En esta región viven unos ochocientos millones de hombres, en su mayor parte ciudadanos de naciones nuevas que han obtenido su independencia terminada la segunda guerra mundial. La mayor parte de esos hombres son pobres y no hacen otra cosa que existir, sin reservas de riqueza o alimentos que los salven de la mera subsistencia. No sólo son pobres de bienes terrenales, sino que el analfabetismo reina entre ellos y la tradición, la costumbre, la religión o el miedo los empujan a seguir viviendo como sus antepasados. Las enfermedades de toda esa zona son endémicas y causan frecuentemente fuertes epidemias. Pero en cada jornada Calder vió gente despierta ante las posibilidades de una vida mejor y dispuesta a colaborar con el Occidente en la empresa de elevar el nivel de vida de un tercio de la población del mundo.



Saludan a Supraptor como a un viejo amigo y acompañan sus canciones con extraños instrumentos, con los que se obtienen curiosos efectos: con cañas huecas de bambú de diversos tamaños, por ejemplo, se producen sonidos parecidos a los de un contrabajo.



Estos campesinos javaneses, tan listos como ahorrativos, «plantan» pescado con el arroz y lo cosechan conjuntamente con el grano.



Los estribillos del maestro cantor seguirán dando vueltas en la cabeza de los trabajadores rurales tiempo después de haberse marchado aquí.

LA LUCHA CONTRA LA ENFERMEDAD
(CONTINUA RITCHIE CALDER)

UN "MAESTRO CANTOR" QUE SOLO USA CINCO TONADAS

HE aquí la historia de Supraptor el cantor. Tengo que llamarlo así para distinguirlo de Supraptor el trabajador social y de todos los otros Supraptor que no tienen nombres que los distinguan. Ni apellidos si vamos al caso, porque «Supraptor» es un apodo.

De cualquier modo, el apodo de «cantor» le va muy bien a este personaje, ya que su sistema para enseñar a los trabajadores rurales a mejorar sus métodos y obtener cosechas superiores es cantar sus instrucciones y hacer que aquéllos coreen, por ejemplo, los estribillos en que se elogian las excelencias de los abonos verdes.

Esto es «educación fundamental» en la más sencilla y colorida de sus formas: tan sencilla como las rondas infantiles, tan práctica como un manual agrícola (que en cualquier caso los campesinos no sabrán leer) y tan pintoresca y obsoleta como la figura de un trovador medieval.

Supraptor el cantor es ingeniero agrónomo titulado, pero al mismo tiempo es un hombre de pueblo, que cuando la ocasión lo requiere puede dejar de lado sus conocimientos libresco con la misma naturalidad con que se quita la chaqueta y se enloda hasta la cabeza en los arrozales en que se mete para prestar ayuda a los campesinos.

«Vd. debe ver y desde luego oír — a Supraptor», me dijo, al serme presentado en Djakarta, el Dr. Van der Ploeg, consejero técnico de la F.A.O. ante el Gobierno de Indonesia. «Es el funcionario regional del Servicio de Extensión Agrícola, pero los métodos que emplea son curiosísimos.»

«¿Poco ortodoxos, quiere usted decir?»
«Todo lo contrario: tradicionales. Ya verá Vd.», me respondió el Dr. Van der Ploeg.

Lo que ha hecho Supraptor es volver a los principios fundamentales, como debe hacer todo hombre a quien interese el cultivo de la tierra. Para ello emplea cinco aires que, según me dicen, constituyen la base de toda la música javanesa, aires cuyo origen se pierde en las edades y que todo el mundo conoce. A estas músicas el cantor les pone letra. Algunas veces su letra es digna de una canción de «music-hall», por la ironía fácil y directa que campea en ella:

*« El granjero de Indonesia
Es un hombre muy sencillo
Que hace siempre lo que el Gobierno
[le dice que haga... »*

(Grandes carcajadas y silbidos.)

Pero otras son instrucciones:

*« Si queremos del suelo rendimiento
Después de tanto esfuerzo y sufrimiento,*

Tenemos que plantar arroz en filas

Y de abono emplear pilas y pilas.

Las semillas hay que seleccionar;

Y siempre la maleza desbrozar...

Mas eso ya sabéis que es viejo

[cuento.]»

Y así sigue, tonada tras tonada, improvisando, buscando la expresión que pueda conquistar a cada público rural, pero volviendo siempre a su lección y explicando en versos que se repiten periódicamente como deben escoger la semilla no en el granero sino en las mazorcas que vayan madurando, y cuáles son las leguminosas que deben emplearse como abono verde. En otra ocasión cantará versos relativos a la irrigación de la tierra, dando consejos sobre la mejor época y manera de preparar los canales. Y así sucesivamente, mientras sus estribillos siguen dando vueltas en la cabeza de los trabajadores rurales tiempo después de haberse marchado el maestro-cantor.

Acompañamos a éste en su recorrido por las montañas que rodean a Surakarta, visitando los nuevos centros de granjeros y labradores, así como los centros de extensión rurales, que en el distrito en que presta servicios Supraptor son diez. Los locales de estos centros constituyen un espectáculo reconfortante con el colorido y la vida de los carteles que adornan sus paredes, carteles que aunque primitivos según los cánones y sistemas de ayuda visual en uso en el Occidente, tienen allí un efecto inmediato, por ser precisamente el tipo de cosa que un campesino analfabeto de la localidad podrá ponerse a dibujar si sintiera la necesidad de expresarse.

En sus ratos libres los labradores acuden al local para reunirse con sus compañeros, tomar té, comer arroz y, una vez por semana, recibir instrucción sobre el cultivo del suelo. Todos ellos saludan a Supraptor como a un viejo amigo. La música con que se acompañan en sus

cantos está a cargo de extraños instrumentos, con los que se obtienen curiosos efectos: con cañas huecas de bambú de diversos tamaños, por ejemplo, se producen sonidos muy parecidos a los de un contrabajo.

Nunca he visto ninguna «clase» que se divirtiera más que aquella integrada por campesinos de «sarong» y turbante. Cuando no cantaban a coro, bebían tazas y tazas de té a grandes tragos, o fumaban cigarrillos de hoja. Y nunca he visto alumnos más atentos que los que rodeaban al experto en irrigación del suelo al mostrar éste cómo cada uno podía ayudar a los demás al planear con espíritu cooperativo la disposición de sus terraplenes.

En una mesa llena de arena, en la que se habían modelado las ondulaciones y accidentes del terreno donde trabajaban todos esos campesinos y en que éstos podían reconocer fácilmente sus propios plantíos de arroz, el instructor les mostró cómo apilando la tierra o nivelándola y desviando la corriente de agua, podían administrar con economía a tanto el agua como la tierra, impidiendo la erosión y evitándose la angustia de ver cómo se desmoronaban los terraplenes.

En esa ocasión Supraptor no hizo otra cosa que ofrecer a sus oyentes un extracto de la experiencia de siglos y siglos de irrigación y labranza, experiencia que ha producido esos monumentos de ciencia agronómica que son los terraplenes javaneses dedicados a la plantación de arroz. Digo «monumentos» deliberadamente, después de haber visitado, en la misma región, el templo de Borobadour, una de las maravillas del mundo. Es éste un templo indú (recurso de la época en que el imperio indú se extendía por el archipiélago hasta Bali) en el que cientos de imágenes de Gautama contemplan al visitante desde sus nichos y «stupas» al borde de una gran pirámide recargada de ornamentos. Pero estos terraplenes de piedra inanimada no me hicieron ni la mitad de la impresión que causaron en mí los «borobadours» vivos, o sea los terraplenes para el cultivo del arroz, que se alinean de arriba a abajo hasta llegar a la cima de las colinas. Cada pie de suelo cultivable —y algunas veces los bordes no tienen más que un pie de

ancho— da todo lo que tiene que rendir en arroz, y la distribución de agua que inunda cada terraplén para alimentar el plantío no puede ser más ingeniosa.

Y a menudo los plantíos producen más que arroz porque estos campesinos javaneses, tan listos como ahorrativos, «plantan» pescado con el arroz y lo «cosechan» conjuntamente con el grano. Al inundar los terraplenes de agua echan en ésta los pececillos recién nacidos, y al extraerla, unos tres meses después, los peces que han estado «pastando» entre el arroz tienen ya el tamaño de una sardina grande, que es el preferido por los javaneses. El pescado así recogido es una fuente vital de proteína para los campesinos, que se alimentan principalmente de arroz, y tanto Supraptor como los demás funcionarios del Gobierno estimulan ahora a aquéllos a aumentar la producción de pescado. Todos ellos suministran a los campesinos, con este objeto, cientos de toneladas de pececillos recién nacidos.

Aquí, en la regencia de Surakarta, hemos podido ver algunos de los fermentos introducidos en la vida social y económica de esta población rural, que tan duramente trabaja, al dársele una libertad política, que valora enormemente; al realizarse en su seno campañas por el mejoramiento de la salud, que han logrado disminuir el atroz tributo pagado en vidas humanas a causa de tantas enfermedades y pestes; y al lucharse contra el analfabetismo e infundirse a esos hombres el deseo imperioso de mejorar su bajo nivel de vida.

Quizá lo más característico de este pueblo esté resumido en el ejemplo de un centro de rehabilitación para heridos de guerra, del que Supraptor el trabajador social está justamente orgulloso. Allí vimos a mujeres y hombres hacer, con una pericia que todos ellos han adquirido a fuerza de empeño y de constancia, los brazos y piernas artificiales que les faltaban: no patas de palo sino brazos y piernas de aluminio, con movimientos y articulación copiados cuidadosamente de modelos traídos de fuera.

Un pueblo que canta su propia salvación práctica, y una serie de mutilados que reparan sus cuerpos al par que sus mentes, ofrecen sin duda al mundo escéptico de nuestros días una inspiración digna de conocerse por doquier.

LA LUCHA CONTRA LA MISERIA UNOS GNOMOS HUMANOS MUEVEN MONTAÑAS CON SUS BRAZOS

COMO los gnomos de algún cuento sobrecogedor, aquellos cuerpos cobrizos cavaban y ahondaban en el barro resbaladizo del fondo de la zanja, o corrían como hormigas por la oscilante escalera de bambú, tan larga como una de salvamento para incendios. Eran los campesinos que habitan las colinas por entre las que corre el río Progo, dedicados a construir un canal.

Seguí con los ojos el increíble espectáculo desarrollado al rayo del sol, hasta que las reverberaciones me impidieron continuar mirando, y los músculos me empezaron a doler por solidaridad con los obreros que se entregaban a aquel esfuerzo. Era como salir repentinamente del siglo XX y volver a la época remota en que se construyeron las pirámides de Egipto. En la misma forma, con las mismas herramientas primitivas, deben haber abierto los esclavos de Babilonia el canal de Hillah, que desvió el curso del Eufrates. Y campeones del esfuerzo muscular idénticos a éstos deben haber hecho posible la construcción de un templo tan fabuloso como el de Borobadour.

No hay exageración en lo que digo. Los campesinos de Java están abriendo un canal de noventa kilómetros de extensión sin otra cosa que sus propios músculos y una serie de zapapicos, palas y formones. La única contribución de la era de la máquina es la de un par de bombas de petróleo, no más grandes que el motor de un coche, que se usan para evitar las infiltraciones en la represa de barro con la cual se retiene las turbulentas aguas del Progo hasta que dentro de poco tiempo corran por todo el canal. Fuera de esas bombas de petróleo, todo el trabajo se hace con carne, con sangre y con hierro primitivo.

Cuando tropiezan con roca, los obreros no emplean dinamita, en primer lugar porque no disponen de ella y en segundo lugar porque la mano de obra es más barata que los explosivos; hacen uso de martillos y formones y cuñas, deshaciendo con ellos la roca hasta reducirla a trocitos lo suficientemente pequeños para que se pueda llevarlos a mano en pequeñas cestas. El capataz creció de repente 75 rupias (alrededor de diez dólares) a los que extrajeran del sitio una roca de dos metros cúbicos. El obrero que aceptó la oferta empezó inmediatamente a trabajar la roca con

su formón, trabajo que le llevaría toda una semana. Y así una obra que una máquina de palear, o una excavadora y unas pocas barras de dinamita podrían llevar a cabo en pocos días, cuesta meses de esfuerzo terrible a cientos de campesinos. En un año, los que trabajaban en este canal avanzaron menos de tres kilómetros y medio.

Lo notable del caso es que no se trata aquí de esclavos de Babilonia, sino de trabajadores rurales libres que luchan por obtener todavía mayor libertad en la empresa que ellos mismos han iniciado. Estos hombres querían plantar arroz, y no pudieron imaginar un modo más duro de lograr su propósito. En las montañas en que viven a unos 50 kilómetros de Jogjakarta, primera capital de la República de Indonesia, la vida es más difícil todavía que en el llano. Abajo hay arroz, plantado en las terrazas circulares de los javaneses, terrazas que semejan las filas de asientos de un estadio. Aquí hay cocos y casabe.

Pero para tener arroz hay que disponer de agua, y el río Progo corre fuera de las elevadas tierras de esos campesinos. Del otro lado del río, un holandés dueño de una plantación había construido una represa y obtenido agua para sus plantíos. Allí estaban los arrozales que los campesinos de este lado del Progo querían copiar.

Todos ellos se reunieron y decidieron abrir el canal que les traería el agua necesaria. El Gobierno intervino luego; y aunque no podía dar a los campesinos máquinas y material, pudo proporcionarles consejo y un plan de trabajo según el cual su proyecto de irrigación local pasaría a formar parte de un proyecto mayor, por el que el río llegaría a regar más de 10.000 hectáreas de terreno. Así se hará, efectivamente. Los habitantes de las aldeas de cada zona, trabajando cooperativamente, proporcionan los voluntarios que se necesitan para la obra, voluntarios que se incorporan al grupo a medida que éste va avanzando por las diversas zonas. El Gobierno ha enviado un grupo permanente de obreros, que es sólo una fracción de los que se necesitan. Por tanto, lo que importa en primer lugar es contar con el esfuerzo personal de los trabajadores de la región.

Los expertos en ayuda técnica enviados a Indonesia por las Naciones Unidas nos habían instado a ver este trabajo, a

pesar de que la Organización Internacional no hubiera intervenido para nada en él. Y es que aún cuando se hubiera solicitado su ayuda, las Naciones Unidas no habrían podido hacer nada —en el sentido material— por colaborar en su realización. La ayuda técnica se limita a dar consejo, y con él la limitada cantidad de material necesaria para demostrar en la práctica las ventajas de éste; no proporciona nunca la maquinaria requerida para llevar a cabo ningún proyecto. Y en este caso tampoco podía hacerlo el gobierno de Indonesia.

Es significativo y estimulante lo que ocurre cuando una comunidad, libre del fardo terrible y desmoralizador de una enfermedad que respetó a pocos, como la erupción cutánea —contagiosa— que ha asolado durante tanto tiempo la región, y llena del incentivo de su libertad recién adquirida se dispone a producir mejores alimentos, hacer uso de nuevos métodos de cultivo ya probados y al mismo tiempo crear, por medio de la educación y las campañas contra el analfabetismo, los instrumentos de su futuro bienestar.

El Gobierno presta toda la ayuda y estímulo posibles a las cooperativas que se forman y a los movimientos organizados para constituirlos, tanto si se trata de las de crédito, que se encargan de encontrar los medios y los productos, como de las de venta, que se encargan de procurar los productos y venderlos.

El alcance de estos movimientos nos llega con toda su fuerza cuando pensamos en la explotación que durante siglos se ha hecho del trabajo de los campesinos. Para obtener semillas, éstos tenían que pedir dinero a los prestamistas chinos. Si pedían por ejemplo 100 rupias, tenían que pagar quince por mes de interés, sin lograr amortizar en nada la cantidad original al cabo de todo un año. Pero la cosa no paraba ahí. Al germinar las semillas en el criadero, el labrador, su mujer y sus hijos trabajaban de sol a sol para transportarlas, almáximo por almáximo. Cuando la cosecha empezaba a madurar en los campos inundados de agua, el campesino procedía a desecarlos. En este momento el prestamista, que al mismo tiempo actuaba de agente de los vendedores de arroz, aparecía en escena formulando una oferta por el arroz verde; la mitad

de lo que éste costaría una vez maduro y cosechado. Desde que el trabajador rural necesitaba dinero desesperadamente para pagar los intereses del préstamo y alimentar a los suyos, le era forzoso aceptar esa oferta. Y todavía tenía que cuidar y recoger la cosecha, todo para que el prestamista se embolsara los beneficios de ésta.

Las cooperativas de crédito podrán ayudar al campesino en este sentido. El Gobierno puede ayudarlo también proporcionándole mejores semillas, procedentes de estaciones especiales de cultivo, y enviándole expertos en dirección administrativa de cooperativas. Por lo pronto, ha iniciado cursos de extensión rural y un sistema destinado a estimular a los trabajadores rurales a mejorar y extender sus «stocks» de ganado.

Todo esto se realiza al mismo tiempo que el resto de las actividades del programa: la preparación de trabajadores sociales y de funcionarios encargados de vigilar la salud en las aldeas; las campañas para mejorar la nutrición y acabar con las enfermedades, las escuelas (que a veces reciben tres turnos de discípulos al día) y la educación de los adultos.

Un país viejo tiene, de este modo, vida nueva. Los javaneses se cuentan entre los trabajadores rurales más minuciosos del mundo. La plantación según los accidentes del terreno es cosa que entendieron mucho antes de que se mencionara en los textos de agricultura, y en sus plantíos cubiertos de agua se ensayó por primera vez la pesquería tierra adentro, haciéndose crecer simultáneamente arroz y peces.

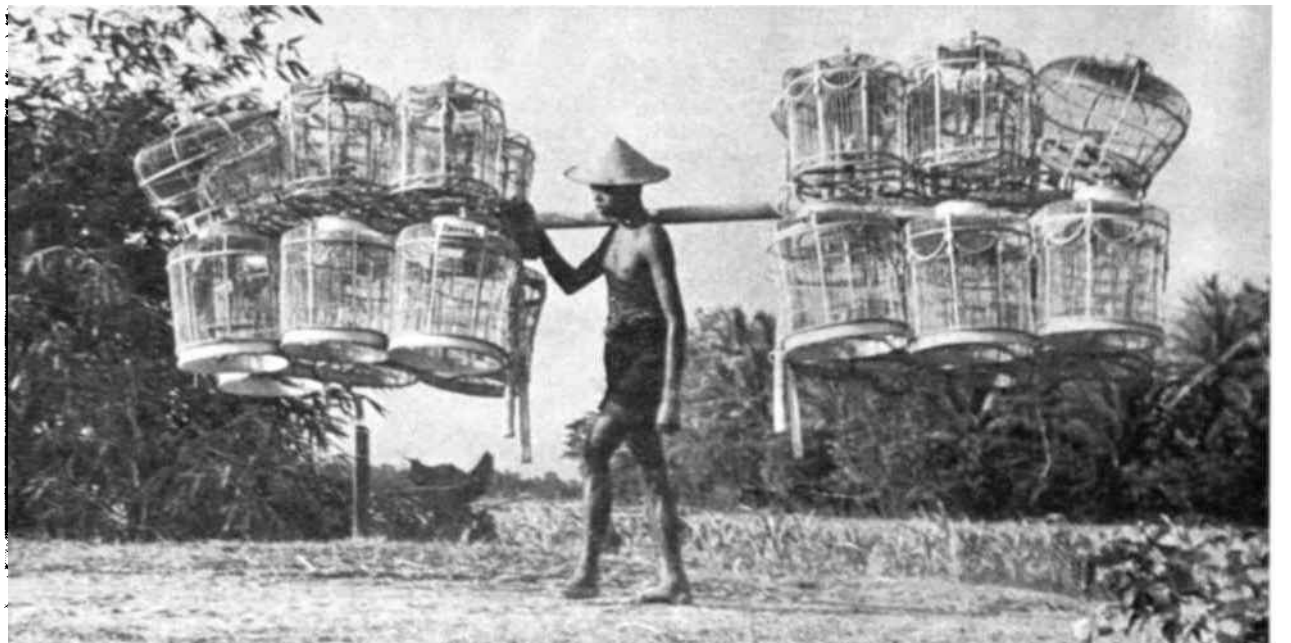
Por la importancia que éste tiene para que los campesinos de otros rincones del globo puedan contar con una fuente económica de la proteína que tanto necesitan, la Organización de Alimentación y Agricultura ha enviado a Java estudiantes de países muy alejados de ésta, hasta del Caribe. Y los «profesores» en este caso han sido los campesinos analfabetos que, de la experiencia secular que poseen, han podido extraer una ayuda técnica positiva que prestar a otros hombres de otras tierras.

Aquellos «gnomos» del canal del Progo son, pues, simbólicos. Para abrirse paso hacia el siglo veinte, no hacen nada más ni nada menos que mover montañas con las manos.



Los campesinos de Java están abriendo un canal de noventa kilómetros de extensión sin otra cosa que sus propios músculos y una serie de zapapicos, y palas. Al tropezar con roca, no emplean dinamita, porque la mano de obra es más barata allí que los explosivos.

Los cuerpos cobrizos corrían como hormigas por la oscilante escalera de bambú, tan larga como una de incendios. Parecía una escena de la construcción de las pirámides de Egipto. La única contribución de nuestra época de la máquina era un par de bombas de petróleo.



No hay carga demasiado pesada para esta campesina de Borobadour, localidad del Java Central. Un vendedor indonesio de jaulas en camino al mercado de la isla de Java

Las artes populares — riqueza del campesino noruego

por Georges PATRIX



Este gallo, pintado por un artista noruego anónimo del siglo pasado, se parece señaladamente, tanto en la materia como en la técnica, a los que pinta Jean Lurçat, el famoso diseñador francés de tapices. El panel, con otros cinco más, forma parte de la puerta de un aparador que reproducimos en la página 14 y que se encontró en casa de un campesino de Gudbrandsdal. Hoy en día el mueble pertenece al museo de Bygdy en Oslo, donde se exhiben al aire libre muchas muestras de arte folklórico noruego.

DESDE comienzos de nuestro siglo, el Occidente ha explorado el mundo en busca de tesoros artísticos, recogiendo el botín más insignificante como si una quiebra inminente exigiera con urgencia un inventario. En esos inmensos depósitos de civilizaciones que son, en la ciudad moderna, los museos, se han guardado con todos los cuidados del mundo esas obras, separadas bruscamente de su clima, del pueblo que las creara y de la función a que estaban destinadas. La elaboración de esas nuevas colecciones artísticas ha sido resultado de un trabajo minucioso, realizándose todos los esfuerzos y poniéndose toda la atención posible para que la riqueza que ellas constituían se conservara y transmitiera a las generaciones venideras.

Siendo clientes serios de los museos como somos, nos ha sorprendido la diferencia de calidad existente entre los sencillos objetos domésticos expuestos en ellos y los objetos de que hacemos uso en la actualidad. Si pensamos que, antes de ir a parar a una vitrina, todos esos objetos estaban en venta en un mercado cualquiera, tendremos derecho a preguntarnos a qué se debe la pérdida de calidad y de belleza producida en nuestra vida cotidiana. ¿Se ha intentado acaso, para embellecerla, un esfuerzo similar al que nos ha permitido abrir tantos y tan magníficos museos? ¿No es tan necesario como urgente establecer un lazo concreto

entre el museo y la ciudad, el arte y la industria, la belleza y la utilidad?

Bajo este concepto de la unión de lo bello y lo útil quisiéramos referirnos a una civilización campesina desarrollada hasta principios de este siglo de una manera aislada, al abrigo de los «fiords» y los valles de Noruega. Dejemos bien en claro, sin embargo, que nuestra intención no es proponer que los artistas copien estas artes decorativas para realizar sus obras actuales. Aquellas tuvieron su idioma, y nuestras obras deben tener el nuestro. Nada más estéril que esas artes que, negando el momento en que vivimos, se refugian en la imaginación de los tiempos pasados.

Cuando las duras tierras de las campiñas noruegas surgieron de los glaciares, parece que no se les disputaron nunca a los antecesores directos de los actuales paisanos. Los benedictinos y los cistercienses de los siglos X y XI no hicieron otra cosa que invadir almas, almas que hicieron cristianas, y la dominación danesa se contentó con imponer tasas a sus vecinos. Servidor y amo de su suelo, el campesino noruego se transformó, en casi todos los casos, en hábil carpintero y ebanista. Tallando encinas, abedules, hayas y abetos, construyó con todas esas maderas todos los edificios

(Sigue en la pág. 14)



Desde los tiempos más remotos los habitantes de Noruega han dado muestras de su fuerte inclinación por expresar ideas y pensamientos en términos de arte decorativo. Su arte fué desde un principio, en grado sumo, un « arte cotidiano » que contribuyó a dar color y vida a la gris realidad de la vida diaria. El extraordinario y variadísimo desarrollo de esta tendencia abarcó campos muy diversos : arquitectura en madera, ebanistería, talla, confección de tapices y « pintura de rosas ». Arriba puede verse un cuadro de puerta en el que se ha pintado un trineo tirado por un caballo, símbolo de riqueza en el lenguaje de los artistas populares. Abajo, dos estatuillas talladas en madera que sirven como columnas de soporte para un trinchante. Las figuras del violinista y el bebedor son motivos que se repiten con frecuencia en todas estas manifestaciones del « folklore » noruego.



La casa noruega aparece como un libro siempre abierto en que el campesino, fatigado de sus labores, deja posar su atención y sus pensamientos. La decoración de la casa, que cubre muebles, paredes y a menudo techos, puede compararse con las páginas iluminadas de los manuscritos de la Edad Media, en las que se reunía la belleza, las enseñanzas espirituales, el buen humor y la alegría del vivo colorido a la tortura de los pacientemente entrelazados almócarabes.

EL GUSTO POR LA PINTURA DECORATIVA ESTA PATENTE EN TODOS LOS RINCONES

(Viene de la pág. 12.)

de que consta la granja, y confeccionó también con ellas tanto sus grandes muebles labrados como sus cucharas de sopa. El largo invierno y la nieve hicieron de la casa el refugio de la vida familiar y contribuyeron al desarrollo de la belleza decorativa de cada objeto. El arte campesino es un arte invernal; las pinturas y esculturas llevan casi siempre fecha de los meses oscuros y fríos.

La madera abundante había de ser el material básico de todas estas artes, y la casa y su mobiliario convertirse en el sustento de la vida de estos campesinos.

Si estudiamos la evolución de la arquitectura, de la escultura y de la pintura, que están estrechamente unidas, descubriremos que lo que ha permitido su desarrollo artístico es la aparición de la chimenea. En efecto, hasta fines de la Edad Media (en algunas regiones mucho tiempo después) el fuego, amigo y enemigo de la casa, ocupaba el centro de la pieza principal, y el humo, antes de escaparse por un agujero practicado en el techo, ennegrecía las paredes y lo oscurecía todo. La decoración de esta época era únicamente profiláctica; signos mágicos y cabezas de dragón grabados o tallados en la madera cortada a escuadra. Los días de fiesta se colgaban de las paredes las tapicerías confeccionadas por las mujeres, que suavizaban con su gama de colores vegetales la tosca rusticidad de la madera en bruto. Estas tapicerías de personajes bíblicos o decoraciones geométricas se basaban en una técnica tradicional, que se ha perpetuado hasta nuestros días, y en el interior de Noruega hemos hallado viejas campesinas que, en la actualidad, partiendo de la lana en bruto, la hilan, tiñen, y luego tejen en el arcaico telar de madera.

La chimenea había de cambiar totalmente la atmósfera de la pieza común. Al reemplazar al humo, la luz había de permitir que se cubriera muebles y paredes con decoraciones permanentes. En un principio, el simbólico ornamento geométrico va a hallarse grabado en cofres, en aparadores, en los respaldos de las camas; luego una pintura de capa uniforme ha de cubrir la madera esculpida, y por último la pintura se ha de convertir en el elemento esencial del decorado, permitiendo, por las facilidades técnicas que ofrece, reproducir escenas bíblicas o familiares.

Las evoluciones detalladas no han tenido lugar como es evidente ni al mismo tiempo ni en el mismo lugar. Así, mientras la región de Voss, al oeste del país, se ha mantenido fiel a la decoración geométrica grabada, la pintura decorativa ha conocido un desarrollo asombroso en las provincias de Téliemark y de Hallingdal, donde se le ha dado el nombre de «Rosemaleri» (pintura de rosas) sin duda porque el motivo fundamental de este estilo de decoración son los grupos florales.

Los «pintores de rosas» se convirtieron pronto en artesanos hábiles. Iban de granja en granja ofreciendo sus servicios, y la pobreza les obligaba a veces a cambiar de provincia, lo cual renovaba los estilos regionales. Eran pintores de obra y, además, artistas. Se cuenta de Olav Hanson, pintor de rosas de Téliemark, que era un gran bebedor de «aquavit» (el aguardiente local, extraído de la patata) pero sus obras dan prueba de una mano firme, cualidades precisas de observación y un gran sentido del «humour». Cuando dejaron las composiciones de flores, los pintores ejecutaron en los cuadros de puertas y armarios verdaderas pinturas

con imágenes tomadas de las biblias ilustradas y de la iconografía religiosa de la época, alternando las escenas del Antiguo Testamento con otras contemporáneas de bodas y libaciones. El bestiario heráldico también proporcionó motivos a estos pintores, pero su tema más persistente es, sin embargo, la figura ecuestre del campesino visto de perfil.

La técnica de todas estas pinturas es siempre muy elemental; un dibujo hábil con el pincel y un colorido plano, de tonos vivos. No se busca nunca la perspec-



El gusto por la pintura decorativa esta patente en todos los rincones.

tiva, ni el efecto de relieve entero. El sujeto está tratado lo más sencillamente posible.

Las inscripciones ocupan, por su caligrafía, un sitio de honor entre las flores y los arabescos, y para cada familia las fechas de los cofres matrimoniales hacen las veces de partidas de casamiento.

El estudio de los estilos de estas pinturas no permite generalizar, ya que todos ellos se mezclan sin cronología, pero sin embargo pueden percibirse dos grandes fuerzas directrices en ellas; la primera, activa, es la permanencia de ciertos motivos en la ejecución y en el espíritu, como por ejemplo la del ciclo agrario, continuamente recomenzado y que permitirá, en el dominio decorativo, encontrar motivos prehistóricos mágicos junto a motivos romanos en los muebles del siglo XIX; la segunda, pasiva, es la introducción retardada y lenta de los estilos europeos, que poco a poco vienen a integrarse al fondo común, aunque sin lograr destruirlo nunca.

La decoración de la casa, que cubre muebles, paredes y a menudo techos, puede compararse con las páginas iluminadas de los manuscritos de la Edad Media, en las que se reunían la belleza, las enseñanzas espirituales, el buen humor y la alegría de los colores.

A principios del siglo XIX existió en el fiord de Hardanger un «pintor de rosas» llamado Gunnar Anfinsen Arekel, hijo de campesinos pero que por ser jorobado, y demasiado débil físicamente, no podía de-

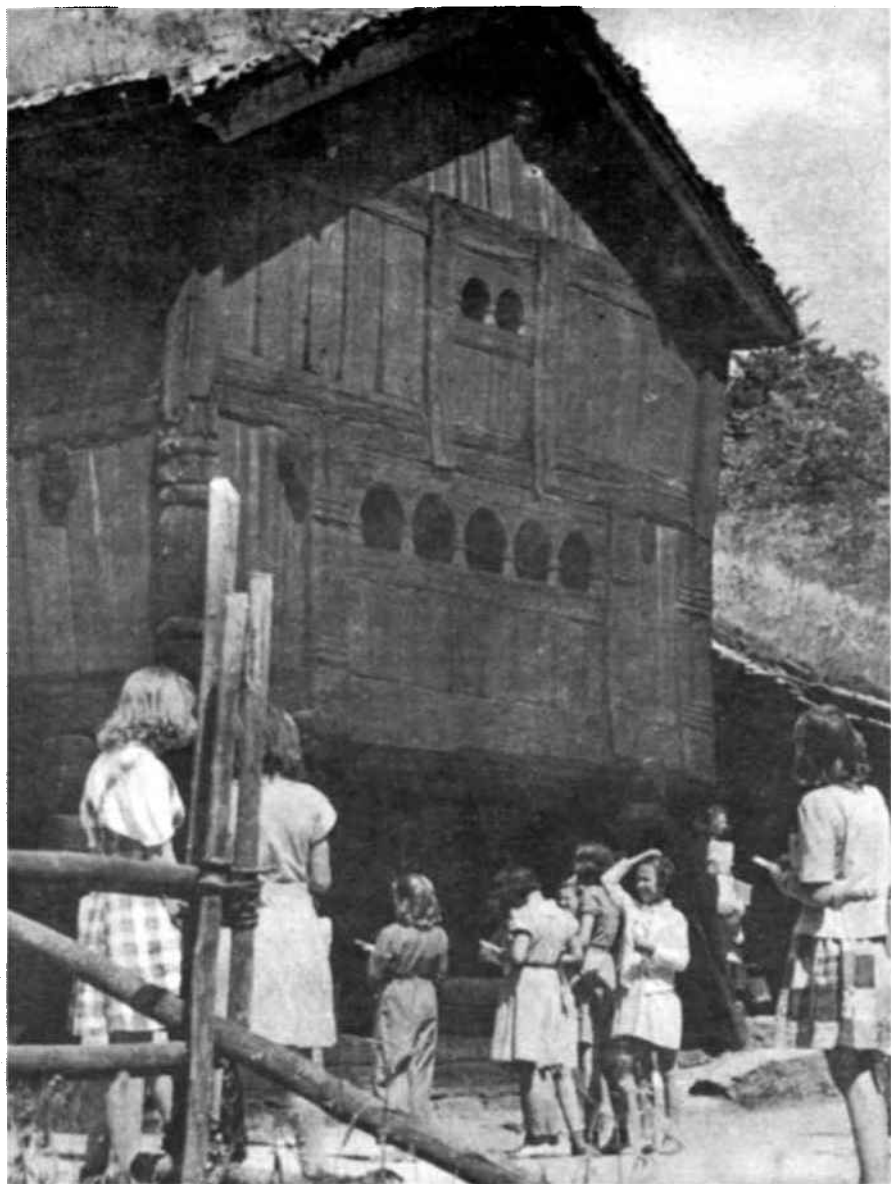
dicarse a las faenas del campo. El pastor de la comarca le enseñó rudimentos de dibujo y de latín, y Gunnar se hizo pintor de cofres. La tradición establece que cuando una muchacha se casa, le regalen sus padres un gran cofre para guardar la ropa blanca de su ajuar. Este cofre, que a menudo es antiguo, se repinta con colores vivos, consignándose cuidadosamente en el lado interno de la tapa el nombre de la novia y la fecha de la boda. Además de su oficio de pintor, Gunnar debió desempeñar, para poder ganarse la vida, el de panadero, el de encuadernador y el de fabricante de cerillas, ya que aún en esa época los artistas casi nunca vivían de lo que pintaban. Hemos visto un retrato de Napoleón pintado por Gunnar Arekel inspirándose en una estampa del general que un marino llevó consigo a Hardanger. Es interesante ver cómo los recuerdos de viaje traídos a su tierra por los marineros han ejercido a veces influencia sobre el arte campesino. Los adornos de los jaeces de los bueyes, hechos de «cauris» — concha africana que sirve de moneda — son prueba de ello.

En un jarro grande de cerveza, que databa de 1699 y que fué reparado y vuelto a pintar, Gunnar Arekel dejó sentada su elemental filosofía de la vida; «Cuanto te sientes a la mesa del festejo, piensa en tu muerte, porque el que hizo este jarro murió en la guerra de los cinco años».

El objeto de amor, presente en toda civilización de orden tradicional, sea la almadréa bambara del Africa, cuyo simbolismo ha destacado Marcel Griaule concienzudamente, bien los cofrecillos de los Alpes, o los zuecos holandeses, es, en Noruega, el predecesor de la plancha de hierro, un utensilio llamado «mangletre». Trátase de una plancha estrecha, de unos sesenta centímetros de largo, con un mango en forma de caballo. La utilidad de este objeto no basta sin duda para explicar toda la variedad decorativa a que da lugar: pero la interpretación de su minuciosa caligrafía de formas decorativas y de motivos figurados nos enseña que es nada menos que «la carta de petición de mano» del campesino. La psicología mas elemental nos hará comprender que la confección de un objeto como éste, trabajo largo y paciente si los hay, requerirá del novio un verdadero examen de conciencia de su amor y su voluntad de casarse. Más tarde, el «mangletre», utilizado en la casa o bien colgado de la pared, recordará a marido y mujer la dulce época de los esponsales.

En pocas palabras, toda esta arte rural contiene una enseñanza de la vida, superior a los estudios de estilo o de estética; y apoyándose en ella, íntimamente ligada como está a los objetos usuales aunque sustentada por símbolos, los campesinos noruegos, a causa o a pesar de su aislamiento, lograron crear toda una civilización regionalista que la industria debía envenenar en los comienzos de nuestro siglo.

En nuestros días, en que hemos asistido al divorcio del arte y la utilidad en los objetos domésticos; en que para satisfacer las exigencias de la publicidad hemos dejado las calles vacías de belleza; en que nuestras residencias no cuidan de otra cosa que de la comodidad material, y los aviones inscriben en el infinito del cielo de estío marcas de jabón, de fideos o de conservas, es hora ya de abandonar nuestros apacibles caballetes para dar al hombre prisionero de la mecánica y la técnica un medio seguro de liberación y de alegría: la belleza espiritual del arte.



Varios niños admiran una vieja granja noruega en el Museo al Aire Libre de Bygdy, dedicado al arte folklórico.



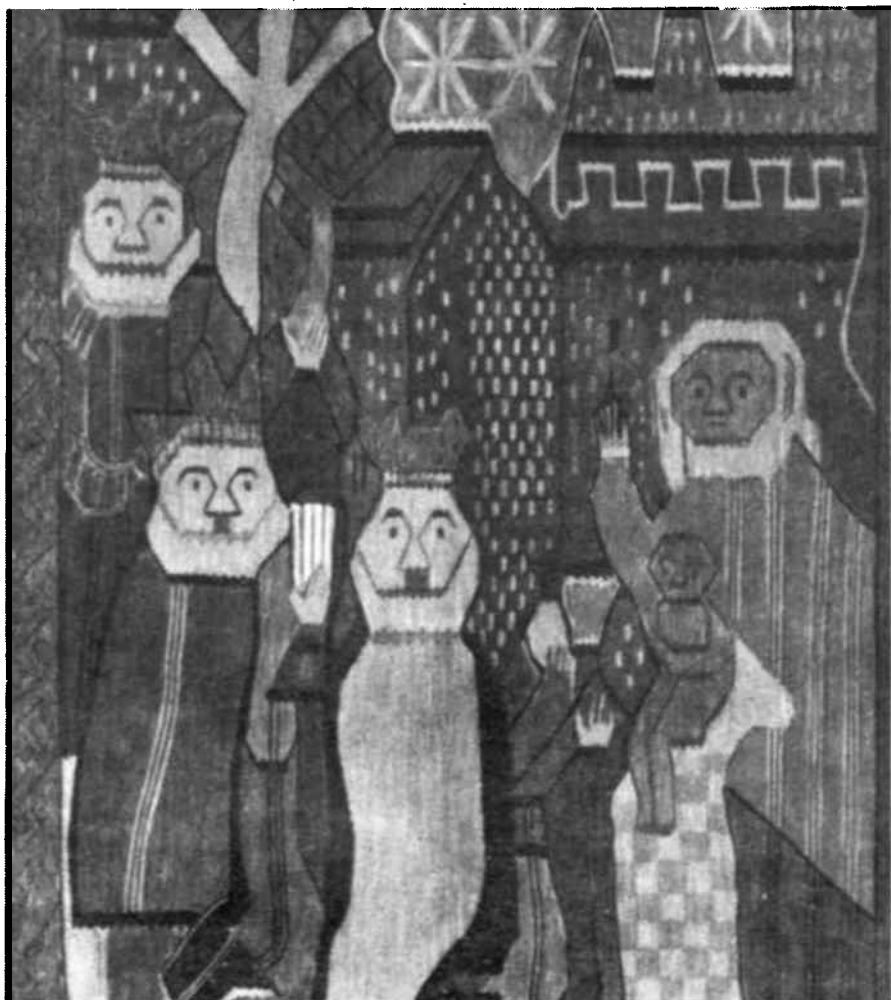
Pintura en azules sobre un aparador de madera, en que se revela la influencia de las porcelanas chinas.



Un cuarto de huéspedes—reservado también para recién casados—en una casa de campo. La decoración data de 1828.



Otra puerta de aparador, que luce tallas del siglo XVIII. Esta pieza fué hallada en Drammen, centro de fabricación de pipas de barro.



Detalle de una tapicería en que se representa la Adoración y que data de 1625. En estos trabajos manuales luce la imaginación de las mujeres noruegas.



Una vieja silla de Telemark. Reservado al jefe de la familia, el mueble fué sacado de un solo tronco de árbol.



Foto Copyright A. B. WILSE (Oslo)

UN CASAMIENTO A LOMO DE CABALLO

Por espacio de siglos, los campesinos de Noruega se han casado montados en sendos caballos, costumbre que en ciertas partes del país se mantiene hasta el día de hoy. En esta escena una novia noruega, con su traje de bodas típico, ricamente bordado, parte de su casa antes de la ceremonia. Las bridas del caballo están enjaezadas con conchas africanas traídas a Noruega por marineros escandinavos. El arte decorativo, rico en simbolismo, desempeña una parte importante en la vida cotidiana de las gentes de Noruega. (Véase la pág. 12)